



**PATRONES DE SEGMENTACIÓN DEL CONSUMO
DE PRODUCTOS LÁCTEOS EN ESPAÑA, 1958-2006**

Fernando Collantes *

S E H A

* Departamento de Estructura de Historia Económica y Economía Pública,
Universidad de Zaragoza. Dirección electrónica: collantf@unizar.es

Agradezco la ayuda prestada por Domingo Ramos, Salvador Calatayud y Elena Espeitx.

**PATRONES DE SEGMENTACIÓN DEL CONSUMO DE PRODUCTOS
LÁCTEOS EN ESPAÑA, 1958-2006**

Resumen: Este artículo reconstruye la evolución de las disparidades en el consumo de productos lácteos en España entre finales de la década de 1950 y comienzos del siglo XXI. En los inicios del periodo, había disparidades acentuadas entre unas regiones y otras, así como una clara jerarquización social en el consumo de la leche y sus derivados. Estas brechas fueron cerrándose (total o sustancialmente) durante la fase de gran expansión en el consumo vivida hasta aproximadamente la década de 1980. A partir de entonces fue tomando forma un nuevo régimen de consumo cuyo patrón de segmentación se caracterizó principalmente por una rejerarquización social del consumo de los productos más novedosos y dinámicos (derivados refrigerados) y la presencia de un importante componente generacional en el retroceso experimentado por el consumo de leche.

Palabras clave: alimentación, España, leche, productos lácteos, transición nutricional.

**SEGMENTATION PATTERNS IN THE CONSUMPTION OF DAIRY
PRODUCTS IN SPAIN, 1958-2006**

Abstract: This article reconstructs the evolution of disparities in the consumption of dairy products in Spain from the late 1950s to the early twenty-first century. At the start of the period, there were strong regional disparities, as well as a clear pattern of social hierarchization in the consumption of milk and milk derivatives. These gaps were (totally or substantially) narrowed during the phase of great expansion in consumption that took place until the 1980s. From then on, a new regime of consumption began to take shape and its segmentation pattern consisted mainly of a social re-hierarchization in the consumption of the newest and most dynamic products (refrigerated derivatives) and a significant generational factor in the contraction of milk consumption.

Keywords: food consumption, Spain, milk, dairy products, food regimes.

JEL codes: N34, N54, I39, Q11, R22

PATRONES DE SEGMENTACIÓN DEL CONSUMO DE PRODUCTOS LÁCTEOS EN ESPAÑA, 1958-2006

Fernando Collantes
(Universidad de Zaragoza)

El objetivo de este artículo es reconstruir la evolución de las disparidades sociales, territoriales y demográficas en el consumo de productos lácteos en España entre finales de la década de 1950 y comienzos del siglo XXI. Se consideran, en concreto, las diferencias en el comportamiento de los consumidores en función de su estatus social, su región de pertenencia, el carácter urbano o rural de su lugar de residencia, su edad y el tamaño del hogar de que forman parte. Publicaciones actuales como el *Panel de Consumo Alimentario* se refieren a estas como variables de segmentación del consumo, y en esa clave, y en aras de la fluidez expositiva, se hablará en este artículo de la evolución del patrón de segmentación del consumo de lácteos. En cuanto al periodo elegido, arranca cuando comienzan a estar disponibles fuentes estadísticas que ofrecen estimaciones directas con representatividad para el conjunto del país, y termina a las puertas del brusco cambio de coyuntura económica manifestado ya en 2008 y cuyas implicaciones para el cambio alimentario merecen ser estudiadas de manera específica (Díaz Méndez y otros, 2013).

La motivación del artículo se deriva de la necesidad de comprender de manera más precisa la dinámica de la transición nutricional y el enlace de la misma con cambios alimentarios más recientes. Los análisis basados en valores promedio, que dividen el consumo total entre la población total, son útiles para trazar las líneas generales de evolución del consumo, pero nada pueden decir acerca del grado en que unos y otros grupos de consumidores mostraron pautas y ritmos de cambio diferenciados. Esto ha sido argumentado con especial fuerza para el caso de un producto que, como la leche, alcanzó la condición de bien de consumo masivo a resultas de un proceso de difusión cuyo punto de partida (a finales del siglo XIX) se caracterizaba por la ausencia de un consumo regular por parte de la inmensa mayoría de la población (Muñoz Pradas, 2009; Hernández Adell, 2012; Pujol y otros, 2007; Nicolau y otros, 2010). Desde esta óptica,

conocer la evolución del patrón de segmentación del consumo no sirve simplemente para tener una imagen más completa del cambio alimentario, sino también para analizar mejor los factores que favorecieron, obstaculizaron o, en cualquier caso, condicionaron dicho cambio.

Centrarse en el caso de los productos lácteos, a su vez, supone centrarse en un grupo de productos clave en las transformaciones contemporáneas de la alimentación española y occidental. La leche fue uno de los productos centrales de la transición nutricional que, habiendo arrancado a finales del siglo XIX y habiéndose visto interrumpida por la Guerra Civil y el fracaso económico del primer franquismo, culminó entre aproximadamente 1950 y 1980 con la difusión generalizada de una dieta más abundante (con ingestas más cuantiosas y regulares) y con mayor protagonismo para los alimentos de origen animal. Durante estos años (y en especial, a partir de mediada la década de 1960), el aumento de la renta disponible, la expansión de la capacidad productiva del sistema lácteo español y el éxito de las campañas encaminadas a potenciar la imagen social del producto condujeron a un crecimiento acelerado en el consumo de leche. También fueron los productos lácteos representativos de la posterior apertura en España de un nuevo régimen de consumo alimentario, caracterizado en este caso por una tendencia hacia el estancamiento en los consumos físicos y un desplazamiento de estos hacia alimentos cada vez más elaborados y variados. Durante las dos décadas finales del siglo XX y los primeros años del siglo XXI, el consumo de productos lácteos tendió a estancarse como consecuencia de la combinación de dos dinámicas bien diferentes: por un lado, una caída en el consumo de leche (en especial, leche entera); por el otro, un persistente crecimiento en el consumo de unos derivados lácteos cuya gama se renovaba con gran rapidez (Collantes, 2014; Martín Cerdeño y Blázquez, 2008; Cussó y Garrabou, 2009; Germán, 2009; Díaz Méndez y Gómez Benito, 2004).

Tras esta introducción, el resto del artículo se estructura en cuatro apartados. En primer lugar, se ofrece un estado de la cuestión. A continuación se describen las fuentes utilizadas, las características de la información y los ajustes que ha sido preciso aplicar sobre los datos brutos para volverlos comparables a lo largo del tiempo. Más adelante se presenta la evolución a largo plazo de las segmentaciones del consumo, en función del estatus socioeconómico, las variables territoriales y las características demográficas. Un apartado posterior, finalmente, ordena los resultados anteriores en clave cronológica, ofreciendo una visión de conjunto e incidiendo en el modo en que un cambiante patrón

de segmentación condicionó la transformación de las pautas de consumo de productos lácteos en España.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

La introducción de la leche en la dieta de los españoles fue un proceso lento que, a lo largo del primer tercio del siglo XX, se abrió paso con importantes diferencias sociales y territoriales. Al tratarse de un alimento relativamente caro, su consumo se encontraba más difundido entre las clases altas que entre las clases bajas, hasta el punto de que una proporción importante de la población (probablemente superior al 40 por ciento aún en los albores de la Guerra Civil), no consumía leche de manera regular y significativa. En el plano territorial, las ciudades iban por delante del campo, no sólo debido a su mayor concentración de poder adquisitivo (con el estímulo que ello suponía para la articulación de iniciativas por el lado de la oferta) sino también debido a la mayor receptividad del consumidor urbano a los nuevos mensajes científicos y médicos que enfatizaban los beneficios del consumo de leche para la salud. Con todo, había grandes diferencias entre unas y otras ciudades porque grandes eran también las diferencias entre unas y otras regiones: en la España húmeda, con unas condiciones climatológicas relativamente propicias para la producción de leche de vaca (y, por tanto, con precios relativos relativamente bajos y facilidades para el autoconsumo), la leche estaba mucho más presente en la dieta de la población que en las regiones del interior, el litoral mediterráneo o el sur (Hernández Adell, 2012: cap. 4; Nicolau y Pujol, 2006; Muñoz Pradas, 2009).

Este patrón de segmentación encaja bien con lo que sabemos sobre otros países europeos en ese periodo. Por todas partes, el estatus social condicionaba el acceso al consumo de leche. Incluso en países con condiciones climatológicas favorables para la producción, como el Reino Unido, la brecha entre clases altas y clases bajas era considerable y, a pesar de estar en marcha un gradual proceso de difusión del consumo entre las clases medias, la jerarquización social del consumo continuaba siendo evidente aún a la altura de la Segunda Guerra Mundial. La urbanización, por su parte, también desempeñaba un papel importante en otros países europeos, con los niveles de consumo urbanos manteniéndose (en términos agregados) sistemáticamente por encima de los rurales. Ahora bien, al igual que en el caso español, podían darse diferencias regionales

considerables, especialmente en aquellos países que, como Francia o Italia, también contenían regiones con condiciones agroclimáticas (y, por tanto, con potenciales productivos lácteos) bien diferentes entre sí (Hernández Adell, 2012: cap. 2; Nelson, 1993; Teuteberg y Flandrin, 2004).

Algunas investigaciones han ofrecido elementos que sugieren que, en el caso de España, los rasgos básicos de este patrón de segmentación se encontraban en pie aún a comienzos de la década de 1950 o incluso mediada la década de 1960. Por entonces, aún un 20-30 por ciento de la población continuaría al margen del consumo regular de leche, y la ingesta de calcio (altamente dependiente del consumo de lácteos) era claramente deficitaria para los grupos sociales más modestos; de hecho, la ingesta de calcio mostraba una jerarquización social más acusada que, por ejemplo, la ingesta de calorías (Muñoz Pradas, 2009; Cussó, 2001: cap. 7; 2005). En el plano regional, por su parte, la amplia generalización del consumo de leche en Galicia y la Cornisa Cantábrica continuaba contrastando con los bajos niveles prevalecientes en buena parte del resto del país (Martinelli, 2009).

Conocemos peor, sin embargo, lo que ocurrió a continuación. Se ha sugerido que estas disparidades tendieron a disminuir: la leche pasó a ser objeto de un consumo masivo y las diferencias entre clases altas y clases bajas tendieron a diluirse (Cussó, 2010; Muñoz Pradas, 2009). (Hernández Adell, 2012: cap. 4, incluso sugiere que esta homogeneización social ya estaba en marcha antes de la Guerra Civil, al menos en las zonas urbanas del país.) Sin embargo, el tema no ha sido objeto de un análisis sistemático y, además, la perspectiva adoptada ha tendido a centrarse más en la culminación de la transición nutricional que en las nuevas tendencias que fueron tomando forma a finales del siglo XX y comienzos del XXI. Algunas investigaciones sobre estas últimas han subrayado temas como la persistencia de disparidades regionales de cierta magnitud aún a comienzos del siglo XXI (Díaz Méndez y Gómez Benito, 2004), pero la secuencia que enlaza estos resultados con los obtenidos por los historiadores económicos para periodos previos permanece a la espera de ser identificada.

Tampoco disponemos de un análisis sistemático para otros países europeos, si bien los párrafos que siguen aspiran al menos a proporcionar un cierto contexto a los resultados que más adelante se presentan para España. En Europa occidental, parece que las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial presenciaron una rápida erosión de las diferencias según estatus social, produciéndose una generalización del consumo de

leche. (En el caso británico, ya el sistema de racionamiento puesto en marcha durante la propia guerra habría reducido drásticamente la distancia entre clases altas y clases bajas.) Esto formó parte de un proceso más amplio de conformación de un régimen de consumo de masas, y no sólo en el ámbito alimentario (Nelson, 1993; Malassis, 1997; De Grazia, 2006).

La base de datos DAFNE, que homogeniza la información proporcionada por las encuestas de presupuestos familiares de distintos países europeos, permite cuantificar algunos aspectos de la posterior evolución del patrón de segmentación en una muestra de países grandes durante el tramo final del siglo XX. (Hemos seleccionado cuatro países europeos grandes; un quinto país habría sido Francia, pero la información disponible para este país era sustancialmente menos abundante.) Para entonces, no era habitual ya que los trabajadores cualificados o las poblaciones urbanas realizaran consumos agregados de lácteos superiores a los de los trabajadores manuales o las poblaciones urbanas (cuadro 1). De hecho, lo contrario no era infrecuente, en línea con diversos trabajos que, para el conjunto del consumo alimentario, han encontrado signos de “des-jerarquización” de las dietas o de homologación entre las dietas rurales y las dietas urbanas (Miele, 2006; López Plaza, 1993).

Cuadro 1. Niveles relativos de consumo de productos lácteos en algunos países europeos

	1985/90 ^a				1996/2000 ^b			
	Alemania	Italia	Reino Unido	Polonia	Alemania	Italia	Reino Unido	Polonia
Poblaciones rurales (poblaciones urbanas=100)								
Total	100	104	105	139	94	104	111	125
Leche	108	103	105	151	98	104	114	150
Derivados	85	105	111	93	87	104	100	76
Trabajadores manuales (trabajadores no manuales=100)								
Total	103	94	102	112	100	98	100	105
Leche	112	95	102	118	107	99	106	122
Derivados	89	91	98	85	91	93	81	72
Hogares de dos personas mayores (hogares de dos adultos=100)								
Total	100	101	108	107	98	101	114	125
Leche	112	105	113	111	109	109	120	134
Derivados	83	91	82	89	85	82	90	105

Notas: ^a Alemania (República Federal Alemana) 1988, Italia 1990, Reino Unido 1985, Polonia 1988; ^b Alemania 1998, Italia 1996, Reino Unido 1999, Polonia 2000.

Fuente: DAFNE (Data Food Networking, <www.hhf-greece.gr/dafnesoftweb>). Los volúmenes de leche se han convertido en pesos a través de un coeficiente de 1,03 kilogramos por litro.

Ahora bien, sí parecía haberse abierto una cierta diferenciación social en la composición de estos consumos, con los trabajadores cualificados y las poblaciones urbanas consumiendo menos leche y más derivados lácteos que los trabajadores manuales y las poblaciones rurales. También las personas mayores, por otra parte, tendrían a realizar consumos de leche superiores a los de los adultos, pero consumos de derivados inferiores a los de estos. En suma, daría la impresión de que los cambios propios de finales del siglo XX, es decir, un descenso en el consumo de leche y un aumento en el consumo de derivados, podrían haber sido liderados por los grupos sociales acomodados, las poblaciones urbanas y las cohortes de no muy avanzada edad. Esto encajaría con planteamientos también presentes en la literatura más general sobre cambio alimentario, que ha encontrado elementos de “re-jerarquización” social de las dietas y ha sugerido algunos de los mecanismos sociológicos a través de los cuales la edad del consumidor condiciona su receptividad ante los cambios alimentarios (Montanari, 1993; Fernández-Armesto, 2004; Grande, 1993; Díaz Méndez y García Espejo, 2012). En ausencia de estudios históricos que pongan en valor (entre otras) las propias fuentes recopiladas en DAFNE, es difícil, sin embargo, trazar un retrato más preciso.

FUENTES Y MÉTODOS

Los resultados que se presentan a continuación se han obtenido a partir de dos fuentes: la Encuesta de Presupuestos Familiares (1958, 1964/5, 1980/1 y 1990/1) y el Panel de Consumo Alimentario (2006) (INE, 1959, 1965-69, 1983-85, 1992-95; Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2007). Se trata de las dos fuentes más fiables para el estudio del consumo alimentario en la historia española reciente, ya que ambas realizan estimaciones directas del consumo alimentario mediante encuestas cuya unidad muestral es el hogar (Collantes, 2012). Por ello, permiten caracterizar las pautas de consumo de manera no sólo más precisa que estimaciones indirectas como las derivadas del método del balance del Ministerio de Agricultura o de Faostat, sino también de manera más rica, al permitir apreciar las diferencias existentes en las pautas de consumo en función del estatus socioeconómico, las características del poblamiento, la región de pertenencia o las características demográficas del hogar.

La Encuesta de 1958 ofrece así la primera aproximación sistemática a esta cuestión, si bien se trata de una aproximación lastrada por su mejorable calidad técnica y por la escasez de la información proporcionada. Mejorable calidad técnica, entre otros factores porque los hogares de rentas muy elevadas quedaron excluidos del muestreo, introduciéndose así un sesgo en la medición de las diferencias en función del estatus socioeconómico. Y escasez de información, porque, en el caso de los productos lácteos, disponemos de la segmentación de los consumos en función del hábitat (rural o urbano), pero no en función del nivel de renta, la región de pertenencia o las características demográficas del hogar.

Para disponer de esas segmentaciones habrá que esperar a la Encuesta de 1964/5, cuya calidad y riqueza se aproximan ya más a las de las encuestas de finales del siglo XX (1980/1 y 1990/1). Hay que aclarar que en este trabajo no se ha utilizado la Encuesta de 1973 porque no ofrece datos sobre el consumo físico de alimentos (sólo sobre el gasto realizado por los consumidores en la compra de dichos alimentos).

El Panel de Consumo Alimentario, por su parte, ofrece información de características similares a las de las Encuestas de 1964/65, 1980/81 y 1990/91. Se ha tomado el de 2006 en lugar del de 2007 (más próximo al cambio de coyuntura económica que sirve de punto de llegada a nuestro análisis) porque en esta última fecha se produjo un cambio metodológico que generó algunas pérdidas de información.

La principal deficiencia de ambas fuentes es que consideran exclusivamente el consumo de productos lácteos efectuado dentro del hogar, es decir, no tienen en cuenta el consumo realizado en restaurantes, cafeterías o comedores de centros de trabajo. El Panel sí ofrece datos agregados sobre este consumo extradoméstico, pero, en la medida en que lo hace sobre la base de estimaciones indirectas (derivadas de las compras realizadas por los establecimientos de restauración y hostelería), no puede luego desagregarla en función del estatus socioeconómico, el territorio o las características demográficas de los consumidores. Esto no es un problema grave, dado que incluso hacia el final del periodo, cuando el peso de la alimentación fuera del hogar era mayor que nunca antes, la inmensa mayoría del consumo de productos lácteos seguía realizándose, de acuerdo con el Panel, en el hogar (Langreo, 2003). Con todo, es probable que introduzca un sesgo en algunas segmentaciones. En particular, dado que algunos trabajos han encontrado una relación directa entre estatus socioeconómico y peso total de la alimentación fuera del hogar (Rama, 1997), las diferencias reales entre clases altas y clases bajas podrían ser algo superiores a lo que muestran los datos de

consumo doméstico en que se basa este artículo. Futuras investigaciones, basadas en otro tipo de fuentes (quizá para escalas territoriales más reducidas), podrían tratar de estimar el componente extradoméstico de las segmentaciones.

Con objeto de ofrecer una panorámica de conjunto del consumo de productos lácteos, se ha procedido a agregar el consumo de la leche y sus diferentes derivados; para ello, se ha utilizado un coeficiente de conversión de 1,03 kilogramos por cada litro de leche. Durante la primera parte del periodo, la información sobre derivados lácteos no siempre fue completa, por lo que los datos agregados que se ofrecen en los cuadros simplemente agregan aquellos productos para los que existe información. En 1964/5, en particular, en muchos casos tan sólo disponemos de información acerca del consumo de queso. No cabe imaginar un sesgo grande, ya que el queso era al fin y al cabo el principal consumo dentro de los derivados lácteos (Collantes, 2014), pero el detalle debe tenerse en cuenta a la hora de comparar agregaciones de fechas diferentes entre sí. En cambio, ni siquiera a nivel de detalle parece relevante el hecho de que el Panel solamente ofrezca datos sobre leche de vaca, quedando fuera las leches de cabra u oveja. Para comienzos del siglo XXI, hacía tiempo que estas últimas habían quedado reducidas a un consumo anecdótico. Finalmente, los cálculos sobre la estructura del consumo en función del tipo de leche han tenido en cuenta que una parte de la leche en conserva (la leche en polvo) era utilizada por los consumidores para reconstituir leche líquida en sus hogares (véase Collantes, 2012).

Los resultados agregados a que se refieren los datos segmentados que se ofrecen en el resto del artículo se presentan en el cuadro 2. Como se adelantó en la introducción, se distinguen dos fases: una primera muy expansiva, liderada fundamentalmente por el crecimiento en el consumo de leche; y, a partir de la década de 1980, una segunda en la que el crecimiento en el consumo de derivados (en especial de leches fermentadas y otros derivados refrigerados) contrasta con la caída en el consumo de leche. Durante esta segunda fase, además, culminó un proceso de poda de alternativas por el que el consumo de leche se identificó casi exclusivamente con el consumo de leche esterilizada de vaca, en detrimento de alternativas que en el pasado habían mantenido cierto protagonismo (como la leche de cabra, la leche en polvo reconstituida y la leche de vaca pasteurizada) o incluso habían sido ampliamente dominantes (caso de la leche de vaca “cruda”, no transformada por empresas industriales).

Cuadro 2. Datos sobre el consumo doméstico de productos lácteos en España

	<i>Total</i> (kg.) ^a	<i>Leche</i>		<i>Consumo de derivados lácteos (kg.)</i>				
		<i>Líquida</i> (litros)	<i>En conserva</i> (kg.)	<i>Total</i>	<i>Queso</i>	<i>Mantequilla</i>	<i>Leches fermentadas</i>	<i>Otros</i>
1958	83,4	77,9	1,2		1,5	0,5		
1964/5	85,9	78,7	2,8	2,1	1,5	0,4		0,2
1980/1	143,0	125,1	3,7	10,5	4,3	0,4		5,7
1990/1	138,1	117,6	1,8	15,1	5,7	0,3		7,6 1,6
2006	116,2	82,5	0,8	32,8	6,2	0,2		14,5 11,9

	<i>Estructura del consumo de leche según tipo de leche (%)</i>			<i>Leche esterilizada (%)</i> ^c
	<i>Vaca</i>	<i>Cabra y oveja</i>	<i>En conserva</i> ^b	
1964/5		87	7	6
1980/1		87	2	11
1990/1		91	0	9
2006		97	0	3

Fuentes: 1958, 1964/5, 1980/1 y 1990/1: Encuestas de Presupuestos Familiares; 2006: Panel de Consumo Alimentario (excepto la mantequilla, que está tomada de la Encuesta de Presupuestos Familiares). Para detalles sobre la elaboración de la base de datos, Collantes (2012).

Notas: ^a Incluye la leche líquida y aquellos derivados y leches en conserva para los que en cada fecha existan datos; ^b Incluye una estimación de la leche líquida reconstituida a partir de la leche en polvo; ^c Calculado sobre leche de vaca únicamente.

Tres detalles merecen, sin embargo, ser tenidos en cuenta a la hora de interpretar estos datos y las desviaciones calculadas en torno a los mismos. En primer lugar, las Encuestas de Presupuestos Familiares de la primera parte del periodo más que probablemente sesgan al alza el consumo real de leche al no corregir el efecto de la adulteración del producto mediante la adición de agua. Esta fue una práctica habitual durante esos años y, aunque los datos de producción de leche por parte de los ganaderos tampoco carecen de sus propios problemas de fiabilidad, la distancia entre los datos de consumo de la Encuesta y dichos datos de producción es suficientemente grande como para suponer que el consumo real de leche era algo inferior al reflejado en nuestras cifras. En segundo lugar, la Encuesta también podría contener un cierto sesgo al alza para 1990/1, fecha para la que el Panel ofrece cifras de consumo algo inferiores. Dado que por entonces el Panel no ofrecía aún datos segmentados sino solamente los datos promedio para el conjunto de España, no existe alternativa a la Encuesta, pero, como veremos más adelante, puede ser necesario interpretar con cautela algunos de los resultados desagregados referidos a esta fecha. Y, en tercer y último lugar, la ya

comentada exclusión del consumo extradoméstico hace que el periodo 1990-2006 aparezca como un periodo exageradamente contractivo en el consumo de lácteos (y en especial de leche), cuando en realidad el aumento del consumo fuera del hogar mitigó (aunque sólo fuera muy parcialmente) esta tendencia. Lo que estos tres detalles, tomados en su conjunto, implican es que los datos segmentados que se presentan a continuación deben interpretarse sobre todo en sentido transversal, es decir, comparando diferentes grupos de consumidores en un mismo momento del tiempo. Adoptar una perspectiva más longitudinal (es decir, seguir el rastro a la evolución individualizada de cada grupo de consumidores a lo largo del tiempo) requiere en cambio una mayor cautela en la interpretación de los datos, porque estos están expuestos a los problemas de comparabilidad intertemporal recién comentados.

Estatus socioeconómico

El Panel de Consumo Alimentario ofrece datos de consumo en función del estatus socioeconómico del hogar, diferenciando entre cuatro grupos de estatus en función de la categoría profesional y el nivel educativo alcanzados por el sustentador principal. Se trata de cuatro grupos de tamaño aproximadamente similar, si bien el grupo de mayor estatus es más pequeño que los otros y el grupo de estatus medio-alto es más grande. He retenido estos datos, sin transformar, para 2006. La única modificación efectuada ha consistido en renombrar, para mayor claridad en la presentación de la información, los dos grupos de estatus superiores (denominados “Medio” y “Medio-alto y alto” por la fuente original, pero “Medio-alto” y “Alto” en lo que sigue).

Para las fechas previas, en cambio, he utilizado el criterio del ingreso como indicador de estatus socioeconómico. Es cierto que las Encuestas de Presupuestos Familiares de 1980/1 y 1990/1 ofrecen datos desagregados en función de la categoría ocupacional y el nivel de estudios del sustentador principal del hogar (si bien la de 1964/5 sólo lo hace en función de la categoría ocupacional). Sin embargo, no en todos los casos es posible reconstruir a partir de esa información cuatro grupos de categoría profesional o de nivel educativo que tengan dimensiones aproximadamente similares. La información por grupos de ingreso se presta mejor a la construcción de grupos de dimensiones aproximada o exactamente iguales, por lo que ha sido la opción escogida aquí. De hecho, para 1980/1 y 1990/1 las fuentes incluso proporcionan ya de cuatro

grupos de ingreso de igual dimensiones. Con todo, a la hora de realizar comparaciones con el Panel de 2006, es importante tener en cuenta que la definición de la “clase alta” de este último es más restrictiva que la de un cuartil (cuadro 3); por ello, podría exagerar ligeramente el nivel de desigualdad social en comparación con las equilibradas distribuciones por cuantiles de las Encuestas.

Cuadro 3. Fuentes y criterios de procesamiento de la información

	1958	1964/5	1980/1	1990/1	2006
Fuente	EPF	EPF	EPF	EPF	PCA
Variables de definición del estatus		Ingresos	Ingresos	Ingresos	Categoría profesional y nivel educativo
Distribución porcentual de la muestra de hogares según estatus socioeconómico					
Estatus bajo		22	25	25	25
Estatus medio-bajo		29	25	25	26
Estatus medio-alto		27	25	25	31
Estatus alto		22	25	25	18
Variables de definición del poblamiento urbano	Municipios con más de 10.000 habitantes	Secciones censales con determinadas características urbanísticas ^a	Municipios con más de 10.000 habitantes	Municipios con más de 10.000 habitantes	Municipios con más de 10.000 habitantes
Distribución porcentual de la población española por macrorregiones ^b					
Norte ^c		19	18	17	15
Interior ^d		35	33	33	32
Mediterráneo ^e		27	31	31	34
Andalucía		19	18	19	19

Notas: ^a Secciones censales con predominio de edificaciones agrupadas y calles asfaltadas, y con suministro de agua, alcantarillado y electricidad en los hogares (INE, 1970); ^b Canarias excluidas; ^c Galicia, Asturias, Cantabria y País Vasco; ^d Castilla y León, Navarra, La Rioja, Aragón, Madrid, Castilla-La Mancha, Extremadura; ^e Cataluña, Comunidad Valenciana, Baleares y Murcia.

Fuentes: EPF (Encuestas de Presupuestos Familiares): INE (1959; 1965-69; 1983-85; 1992-95); PCA (Panel de Consumo Alimentario): Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (2007). Para los datos regionales de población, elaboración propia a partir de INE (1962; 1973; 1985; 1994) y <www.ine.es> (“Cifras oficiales de población resultantes de la revisión del Padrón municipal a 1 de enero de 2006”); para 1964/5, se han tomado las medias de los datos de los censos anterior y posterior (INE, 1962; 1973).

Para 1964/5, ha sido preciso realizar una agregación de tramos de ingreso con objeto de construir cuatro grupos de dimensiones aproximadamente similares. Tomando como puntos de corte los umbrales de 36.000, 60.000 y 96.000 pesetas, he construido cuatro grupos de ingreso con tamaños relativamente similares entre sí (ninguno de ellos

pesa menos del 20 por ciento; cuadro 3). Para calcular los consumos correspondientes a cada uno de estos cuatro grupos, he ponderado el consumo medio en cada uno de los tramos de renta que lo componen por el peso del número de hogares de dicho tramo dentro del conjunto del grupo (de acuerdo con el hecho de que en las Encuestas es el hogar, y no el individuo, la unidad muestral).

Pero, ¿qué ingresos? Los datos de 1990/1 ofrecen la que a mi juicio es la mejor solución: ordenar los hogares en función de su renta por unidad de consumo, esto es, corrigiendo el efecto de las “economías de escala” en el consumo de los bienes con características de bien público en el hogar. Esto es más preciso que la renta por persona porque esta se ve muy mermada con el aumento del tamaño de un hogar (por el nacimiento de un nuevo hijo o, generalmente en menor medida, por la incorporación de un pariente de edad elevada), más mermada que la merma real en el nivel de bienestar material de los miembros del hogar.

Los datos de 1964/5 y 1980/1 son, sin embargo, datos de ingreso total del hogar. Se plantea entonces el problema de que se puede llegar a un mismo ingreso total a partir de situaciones de estatus diferentes entre sí en función de la estructura demográfica del hogar (no es lo mismo un hogar unipersonal que, por ejemplo, un hogar en el que conviven un matrimonio, sus tres hijos y uno de los abuelos de estos) o la situación profesional de sus miembros (no es lo mismo, retomando el último caso, que los dos cónyuges y varios de los hijos trabajen o que sólo lo haga, por ejemplo, el cónyuge masculino). La encuesta de 1964/5 es especialmente apropiada para explorar el efecto de esta distorsión porque en su caso existe una correspondencia acentuada entre el nivel de ingresos y el tamaño del hogar. (La correlación de rangos es perfecta, igual a la unidad: conforme subimos hacia un tramo de ingreso superior, el tamaño medio del hogar aumenta en todos los casos; la correlación simple, asignando a cada tramo de renta el punto medio de su correspondiente intervalo, es de 0,85.)

Para explorar el grado de distorsión, he asignado a cada tramo de ingresos el punto medio de su intervalo, y a los tramos inicial y final les he asignado el punto resultante de aplicar sobre sus respectivos umbrales superior e inferior la distancia al punto medio existente en el tramo que les es contiguo (véase Martinelli, 2009). A continuación he calculado el ingreso per cápita en cada tramo de renta para valorar en qué medida introducir las diferencias en tamaño del hogar altera la ordenación de los tramos de renta. Los resultados muestran que la ordenación de los tramos se ve poco alterada al introducir este ajuste (Apéndice, cuadro A1): los hogares con mayor nivel de

renta total y mayor nivel de renta per cápita continúan siendo los mismos, y tan sólo hay cambios en los niveles muy bajos de renta. Estos pequeños cambios, como puede apreciarse, no afectan a la ordenación de los tramos en cuatro grandes grupos de renta en que se basan los resultados de este artículo, ya que los cambios de orden se producen dentro de los confines de lo que sería nuestro primer cuartil. Con todo, la última columna del cuadro A1 nos muestra que, una vez aplicada una escala de equivalencia para corregir el efecto ya aludido anteriormente de las economías de escala en el consumo de bienes duraderos, incluso estos pequeños cambios de ordenación desaparecen: la correspondencia entre la ordenación de los tramos según ingresos totales del hogar y su ordenación según ingresos por unidad de consumo es total (y la correlación simple entre ambas variables es de 0,99). La conclusión es que podemos utilizar con tranquilidad los tramos de ingresos totales para construir cuatro grandes grupos de ingreso que reflejen el estatus socioeconómico de los hogares.

En cualquiera de los casos, una ojeada a los datos brutos ofrecidos por las Encuestas según categoría profesional o nivel educativo revela resultados muy similares en lo sustancial a los así obtenidos en función del nivel de ingreso de los hogares. Esto ocurre en realidad para todos los alimentos, y no sólo para los lácteos (Varela, dir. 1995: cap. 3).

Hábitat

Se ha partido de una definición demográfica de lo que es urbano y lo que es rural. En concreto, se han considerado urbanos los municipios con más de 10.000 habitantes y como rurales los municipios con menos de 10.000 habitantes (véase Collantes y Pinilla, 2011: cap. 2, para una defensa de esta opción frente a otras alternativas). A partir de 1980/1 en adelante, habría sido posible sustituir esta definición dicotómica por una más flexible y continua que distinguiera ciudades grandes, ciudades medianas y ciudades pequeñas. Sin embargo, una vez procesada de este modo la información (tomando como umbrales adicionales los 50.000 y los 500.000 habitantes), puede apreciarse que esta subdivisión de lo urbano, además de no ser posible para la primera parte de nuestro periodo, aporta poco a la argumentación general.

Por ello, se ha mantenido la sencilla dicotomía entre municipios urbanos y municipios rurales para aquellas fechas en las que la información lo permite: 1958,

1980/1, 1990/1 y 2006. Para 1964/5, en cambio, ha sido preciso aceptar las categorías de “zona urbana” y “zona suburbana” ofrecidas por la fuente, y que básicamente recogen las características del poblamiento: el predominio (o no) de edificaciones agrupadas y calles asfaltadas y la existencia (o no) de suministro de agua, alcantarillado y electricidad en los hogares. Variables cuya distribución no tiene por qué coincidir con el umbral demográfico aludido más arriba, pero que en cualquier caso parecen aptas para aproximarse a él en el contexto de la España de mediados de la década de 1960, cuando aún mantenían una correspondencia estrecha con el tamaño demográfico de los municipios.

En la mayor parte de casos ha sido necesario homogeneizar la información mediante la unificación de tramos demográficos diferentes, creando medias ponderadas en función del peso demográfico de cada tramo dentro de la categoría (urbana o rural) a que perteneciera. Se han utilizado para ello los censos y padrones más próximos en el tiempo (INE, 1962, 1973, 1985, 1994; <www.ine.es>, “Cifras oficiales de población resultantes de la revisión del Padrón Municipal a 1 de enero de 2006); en el caso de 1964/5, se ha tomado la media de los datos ofrecidos por los censos de 1960 y 1970.

Regiones

Dado que el Panel de Consumo Alimentario ofrece información territorial a nivel de Comunidades Autónomas, y dado que tal es nuestro punto de llegada para 2006, se ha buscado adaptar el resto de la información en consecuencia. No hay problema para ello en los casos de 1980/1 y 1990/1, fechas para las que las Encuestas ya ofrecen información por Comunidades Autónomas. Para 1964/5, en cambio, lo que la Encuesta ofrece es información provincial; ha sido preciso transformarla en información por Comunidades Autónomas mediante el cálculo de medias ponderadas por el peso demográfico de cada provincia dentro de su correspondiente Comunidad Autónoma. (Peso demográfico que, a su vez, se ha calculado como la media del peso ofrecido por el censo de 1960 y el peso ofrecido por el censo de 1970; INE, 1962, 1973).

Estos datos por Comunidades Autónomas han sido utilizados también para formar agregados más grandes, que permitan sintetizar las grandes líneas de la disparidad regional. Siguiendo a grandes rasgos a Simpson (1997), se han construido cuatro macrorregiones caracterizadas por una cierta homogeneidad agroclimática:

Norte, Interior, Mediterráneo y Andalucía. (Las Islas Canarias fueron excluidas de esta agregación.) Los consumos realizados en estas cuatro macrorregiones se han calculado como una media ponderada de los consumos realizados en las Comunidades Autónomas que las componen; la ponderación ha sido el peso demográfico de cada Comunidad Autónoma dentro de su correspondiente macrorregión (calculado a partir de: INE, 1962, 1973, 1985, 1994; <www.ine.es>, “Cifras oficiales de población resultantes de la revisión del Padrón Municipal a 1 de enero de 2006”). Vistos los resultados, es probable que, en materia láctea, hubiera tenido sentido incluir a Navarra dentro del Norte. Sin embargo, se ha evitado razonar *ad hoc* y se ha preferido mantener a esta región dentro del Interior (como también hace, por ejemplo, Gallego, 2001). En cualquiera de los casos, la imagen general transmitida por los resultados no se vería afectada.

Una ventaja adicional de la construcción de cuatro macrorregiones es que permite disponer para 1964/5 de una cantidad de información mayor que la correspondiente a las actuales Comunidades Autónomas (limitada, como acabamos de ver, a los consumos de leche líquida y queso). Ello es así porque la fuente también ofrece, junto a los datos provinciales, datos más completos para un conjunto de doce regiones creadas para la ocasión. La delimitación de estas doce regiones no coincide con la de las actuales Comunidades Autónomas (por ejemplo, Salamanca está agrupada con las provincias extremeñas, Teruel con las castellano-manchegas...), pero, por suerte, todas ellas se encuentran perfectamente encuadradas dentro de una de nuestras cuatro macrorregiones (retomando los ejemplos: tanto Salamanca como Extremadura pertenecen a la misma macrorregión Interior; lo mismo ocurre con Teruel y Castilla-La Mancha). Gracias a ello, una vez calculado el peso demográfico de cada una de estas doce regiones dentro de su macrorregión correspondiente, es posible calcular los consumos realizados en las cuatro macrorregiones mediante una media ponderada de los consumos realizados en las doce regiones de la Encuesta. (Las ponderaciones para las doce regiones han sido calculadas como en casos anteriores a partir de INE, 1962, 1973).

Tamaño del hogar

El Panel de Consumo Alimentario ofrece para 2006 datos de consumo según el número de miembros del hogar: hogares de un miembro, de dos, de tres, de cuatro y de

cinco y más. He adaptado a esos renglones la información proporcionada para fechas previas por las Encuestas de Presupuestos Familiares de 1964/5 y 1990/1 (la encuesta de 1980/1 no ofrece información sobre esta cuestión). Para ello, simplemente ha sido preciso agrupar los datos individualizados sobre consumo en hogares grandes (de cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez y más miembros en 1964/5; de cinco y seis y más en 1990/1) con objeto obtener un único dato agregado de consumo en hogares de cinco y más miembros. He calculado este dato agregado como la media ponderada de los consumos en cada uno de los tamaños grandes, utilizando como ponderación su peso poblacional dentro del conjunto de población perteneciente a hogares de cinco y más miembros. (En realidad, en 1964/5 más de dos tercios de la ponderación corresponde a los hogares de cinco y seis miembros, y en 1990/1 más de la mitad corresponde exclusivamente a los hogares de cinco miembros.)

Edad

Ni las Encuestas de Presupuestos Familiares ni el Panel de Consumo Alimentario están diseñados de manera demasiado propicia para captar las diferencias en los comportamientos de consumidores de diferentes edades: se trata de encuestas cuya unidad muestral es el hogar (no sin motivo, ya que el hogar es generalmente la unidad de adquisición de alimentos). Aun con todo, para 1990/1 y 2006 es posible obtener información desagregada en función de la edad de los miembros principales del hogar: el sustentador principal en 1990/1 y el responsable de las compras de alimentos en 2006. Aunque esto es sin duda una aproximación imperfecta a diferencias intergeneracionales más complejas, puede servir para ofrecer una orientación.

Los datos del Panel para 2006 no han requerido ninguna transformación, mientras que en los de la Encuesta para 1990/1 ha sido preciso unificar las categorías masculinas y femeninas de un mismo tramo de edad. Para ello, se ha calculado la media ponderada según el peso respectivo de los hogares cuyo sustentador principal era varón y los hogares cuya sustentadora principal era mujer dentro del total de hogares de cada tramo de edad. Los tramos de edad no son exactamente idénticos en 1990/1 y 2006, pero el hecho de que los datos de 2006 se basen en umbrales entre tramos en ocasiones algo superiores a los de los datos de 1990/1 no parece que afecte a la argumentación que

viene a continuación; en todo caso, más bien daría la impresión de que introduciría un (ligero) sesgo en sentido contrario a la misma.

Otro aspecto que no ha sido posible homogeneizar ha sido el hecho de que la Encuesta se aproxima a la variable edad a través del sustentador principal del hogar y el Panel lo hace a través del responsable familiar de las compras de alimentos. Parece plausible, sin embargo, suponer que se trata de dos aproximaciones que conducirían a clasificaciones de hogares ampliamente intercambiables. El verdadero problema, que comparten ambas aproximaciones y no es posible resolver, es que estas categorías de segmentación están separando a los hogares en función de la edad de uno de sus miembros pero agrupando juntos a todos los consumidores de cada hogar con independencia de su edad. Por ello, en caso de existir realmente diferencias en las pautas de consumo según la edad de los consumidores (en caso, por tanto, de que tales diferencias estuvieran presentes en el interior de cada hogar donde convivieran miembros de generaciones diferentes), los resultados aquí presentados tenderían a suavizarlas, al actuar los miembros del hogar de una generación diferente a la del sustentador principal o el responsable de las compras como elemento amortiguador en el cálculo del consumo promedio por hogar. La resultante infraestimación de las diferencias intergeneracionales en el consumo debe ser tomada en cuenta a la hora de interpretar los resultados.

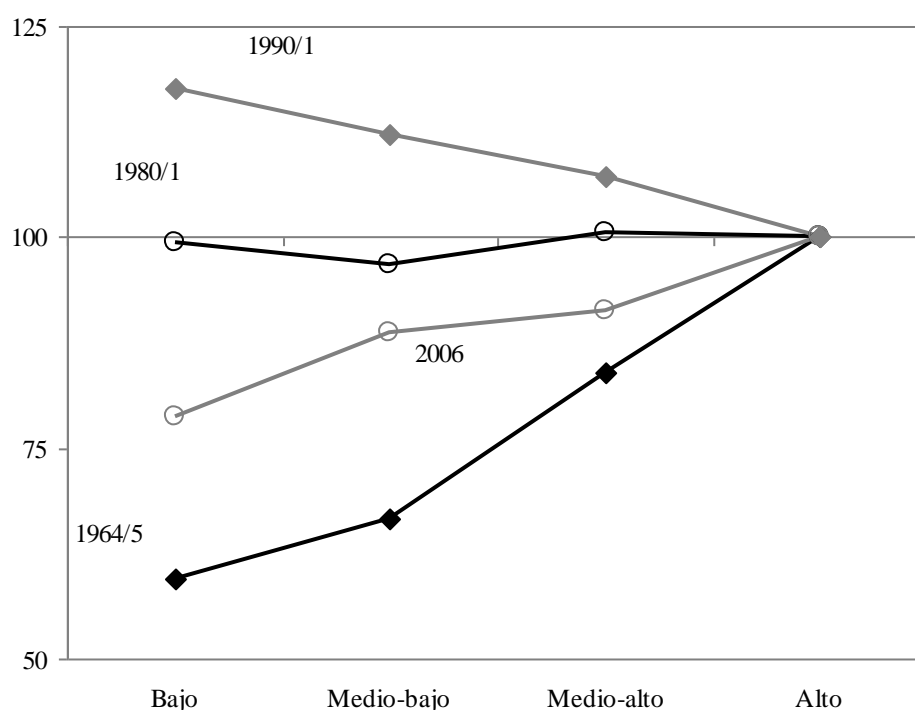
UNA VISIÓN DE LARGO PLAZO DE LAS SEGMENTACIONES

En el presente apartado se presenta la evolución de estas distintas segmentaciones a lo largo del tiempo. Comenzaremos por la segmentación en función del estatus socioeconómico, continuaremos por el territorio (diferencias entre ciudades y medio rural, y diferencias regionales) y terminaremos con las características demográficas (tamaño del hogar y edad).

La segmentación del consumo de lácteos en función del estatus dibuja un viaje de ida y vuelta, si bien dicha vuelta no es completa (figura 1). Originalmente, a mediados de la década de 1960 (primera fecha para la que disponemos de información), la disparidad entre clases altas y clases bajas era marcada. Cuanto mayor era el estatus económico, mayor era el consumo tanto de leche como del principal de los derivados, el queso (cuadro 4). Aunque carecemos de datos sobre leche en conserva, los datos que sí

tenemos para 1980/1 muestran un patrón inverso que no parece descabellado proyectar hacia atrás en el tiempo: los grupos de estatus bajo compensaban una parte de su menor consumo de leche líquida con un mayor consumo de leche condensada o leche en polvo reconstituida. Esto implicaría que la brecha por estatus sería en realidad menos marcada de lo que muestran nuestros datos, pero no mucho menos marcada, ya que, al fin y al cabo, los órdenes de magnitud de que estamos hablando aún dejarían a las clases bajas muy lejos de una compensación plena vía consumo de leche en conserva.

Figura 1. Consumo total de productos lácteos (kg. por persona y año) según estatus socioeconómico del hogar: hogares de estatus socioeconómico alto = 100



Fuente: elaboración propia a partir del cuadro 4.

Cuadro 4. Consumo de productos lácteos por persona y año según el estatus socioeconómico

	<i>Total</i> (kg.) ^a	<i>Leche</i>		<i>Consumo de derivados lácteos (kg.)</i>				
		<i>Líquida</i> (litros)	<i>En conserva</i> (kg.)	<i>Total</i>	<i>Queso</i>	<i>Mantequilla</i>	<i>Leches fermentadas</i>	<i>Otros</i>
1964/5								
Bajo	61,4	58,6			1,0			
Medio-bajo	68,8	65,7			1,2			
Medio-alto	86,8	82,8			1,6			
Alto	103,4	98,6			1,9			
1980/1								
Bajo	143,2	125,9	4,8	8,6	3,8	0,3	4,6	
Medio-bajo	139,4	121,1	4,1	10,5	4,2	0,4	6,0	
Medio-alto	144,8	126,6	3,5	10,9	4,2	0,4	6,4	
Alto	144,2	126,4	2,9	11,0	4,9	0,6	5,5	
1990/1								
Bajo	150,2	129,4	2,4	14,6	5,3	0,3	7,5	1,5
Medio-bajo	143,4	122,0	2,1	15,7	5,8	0,3	8,0	1,6
Medio-alto	137,1	117,2	1,5	14,9	5,6	0,3	7,5	1,5
Alto	127,8	107,8	1,5	15,2	5,9	0,4	7,3	1,7
2006								
Bajo	102,7	76,2 ^b	0,5	23,7	4,5	0,1	11,6	7,5
Medio-bajo	115,7	82,2 ^b	0,5	30,5	6,0	0,2	14,3	10,0
Medio-alto	119,0	82,3 ^b	0,7	33,5	6,6	0,2	14,9	11,8
Alto	130,5	88,8 ^b	0,8	38,2	7,9	0,3	17,6	12,4

Notas: ^a Incluye la leche líquida y aquellos derivados y leches en conserva para los que en cada fecha existan datos; ^b Sólo leche de vaca.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.

Para comienzos de la década de 1980, la brecha por estatus se había cerrado, especialmente en el caso del principal producto, la leche. Es cierto que, entre los grupos de estatus alto, había un mayor consumo de leche esterilizada, mientras que los grupos de estatus bajo presumiblemente accedían en mayor medida a leche sin transformar (cuadro 5). Pero la cantidad final consumida era muy similar en unas y otras clases sociales. Tampoco en el consumo de derivados, y a pesar de que (sobre todo en el caso del queso) sí había algunas diferencias por estatus, eran estas diferencias grandes.

Cuadro 5. Composición del consumo de leche según el estatus socioeconómico

	<i>Según tipo de leche (%)</i>			<i>Leche esterilizada (%)^a</i>
	<i>Vaca</i>	<i>Cabra y oveja</i>	<i>En conserva</i>	
1980/1				
Bajo	84	4	12	28
Medio-bajo	85	2	12	33
Medio-alto	88	1	11	38
Alto	90	1	9	48
1990/1				
Bajo	89	1	10	62
Medio-bajo	90	0	9	67
Medio-alto	92	0	8	69
Alto	91	0	8	72
2006				
Bajo	99	0	1	94
Medio-bajo	98	0	2	97
Medio-alto	97	0	3	97
Alto	97	0	3	98

Notas: ^a Calculado sobre leche de vaca únicamente.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.

Nuestros datos incluso sugerirían que para 1990/1 el patrón de segmentación se había invertido y las clases bajas consumían más lácteos (básicamente, más leche) que las clases altas, aunque no convendría exagerar este extremo porque puede haber problemas de fiabilidad. Como se ha señalado en el apartado anterior, para esa fecha la Encuesta puede estar sobreestimando los consumos y no parece que pueda descartarse que la sobreestimación afectara especialmente a los grupos de bajo estatus socioeconómico (o quizá a los hogares con un número reducido de miembros, que estaban sobrerrepresentados en los grupos de bajo estatus; Varela, dir., 1995). Una interpretación más conservadora de la evidencia se limitaría a constatar que, a lo largo de la década de 1980, no volvió a abrirse la brecha por estatus favorable a las clases altas.

Tal cosa ocurrió en los años finales del siglo XX e iniciales del XXI. Para 2006, los grupos de estatus alto volvían a marcar distancias tanto en el consumo de leche como en el consumo de derivados. En términos agregados, no se trataba de una brecha comparable a la de la década de 1960: no había una diferencia tan acusada en el consumo de leche. Pero sí resultaba llamativa la magnitud de la brecha en el consumo de todos los derivados, desde el queso a las leches fermentadas pasando por la nueva generación de postres refrigerados que surgió durante estos años.

En contraste con este importante papel desempeñado por el estatus en la segmentación del consumo, la diferenciación entre poblaciones urbanas y poblaciones rurales parece menos relevante. Inicialmente, a finales de la década de 1950 y aún a mediados de la de 1960, el consumo de leche, queso y el resto de derivados era superior en las ciudades, pero el nivel de consumo del medio rural no andaba muy a la zaga (cuadro 6). Para 1980, la brecha en el consumo agregado se había cerrado y ya no volvería a abrirse. (En realidad, los consumos rurales pasaron a ser ligeramente superiores.)

Cuadro 6. Consumo de productos lácteos por persona y año en zonas urbanas y zonas rurales

	<i>Total</i> (kg.) ^a	<i>Leche</i>		<i>Consumo de derivados lácteos (kg.)</i>				
		<i>Líquida</i> (litros)	<i>En conserva</i> (kg.)	<i>Total</i>	<i>Queso</i>	<i>Mantequilla</i>	<i>Leches fermentadas</i>	<i>Otros</i>
1958								
Urbano	83,3	77,3	1,4		1,8	0,5		
Rural	77,3	73,5	0,6		0,8	0,2		
1964/5								
Urbano	89,6	81,2	3,4	2,6	1,7	0,5	0,4	
Rural	80,7	75,1	1,9	1,5	1,3	0,1	0,1	
1980/1								
Urbano	142,0	123,3	3,9	11,2	4,3	0,5	6,3	
Rural	145,3	129,4	3,3	8,7	4,3	0,3	4,2	
1990/1								
Urbano	133,8	113,0	1,8	15,6	5,8	0,4	7,8	1,7
Rural	144,5	125,6	1,7	13,5	5,4	0,2	6,6	1,3
2006								
Urbano	116,2	80,9 ^b	0,6	32,2	6,4	0,2	14,8	10,8
Rural	118,2	86,6 ^b	0,5	28,5	5,6	0,1	13,6	9,2

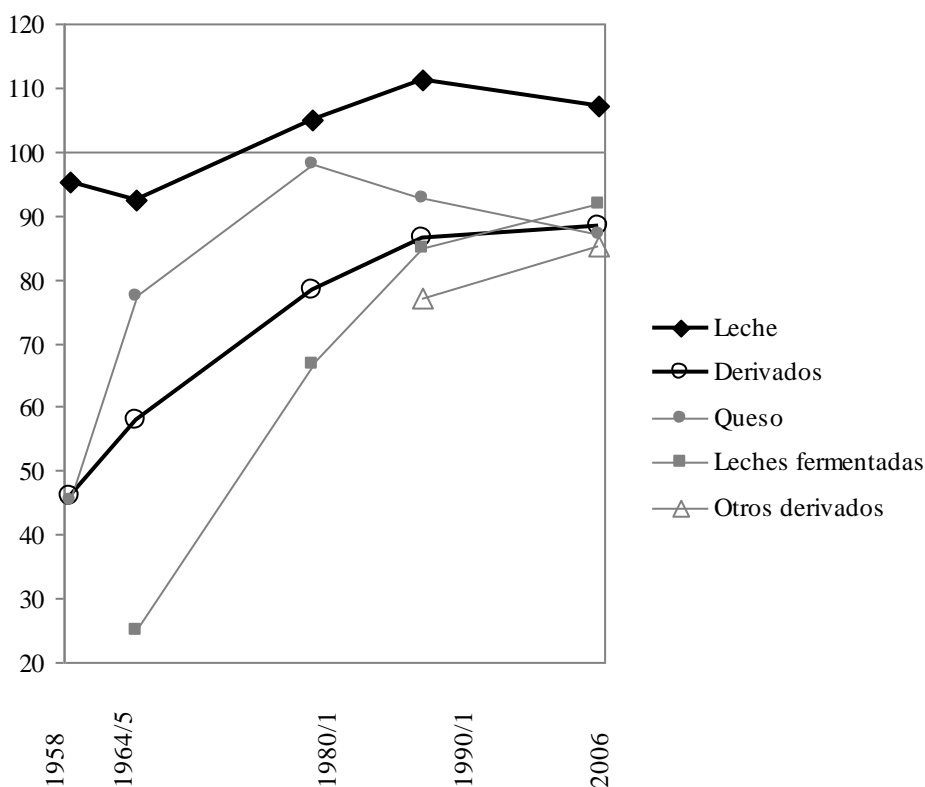
Notas: ^a Incluye la leche líquida y aquellos derivados y leches en conserva para los que en cada fecha existan datos; ^b Sólo leche de vaca.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.

Es cierto que el consumo urbano de derivados lácteos se mantuvo sistemáticamente por encima del rural. En cierta forma, conforme la gama de derivados consumidos iba renovándose, las novedades eran adoptadas con mayor rapidez por los consumidores urbanos, como muestran los datos sobre leches fermentadas en 1964/5 y 1980/1 o sobre la nueva generación de derivados surgida a finales del siglo XX y comienzos del XXI. (Para el caso del yogur a comienzos de la década de 1960, REL, 1961). Parece haber un patrón, del que en realidad ya también formaría parte la leche desde una perspectiva de más largo plazo, según el cual sucesivos cambios en la dieta se

adoptaban inicialmente con mayor rapidez en las ciudades y, en una fase posterior, iban difundiéndose también en el medio rural (figura 2). Sin embargo, aunque esto creó espacio para disparidades urbano-rurales de cierta magnitud hasta la década de 1980 (de la mano del consumo de yogur), dichas disparidades se mantuvieron ya en niveles reducidos a partir de entonces (a pesar de la brecha abierta por la nueva generación de postres refrigerados). Además, y comoquiera que el consumo rural de leche era ligeramente superior al urbano, los niveles agregados de consumo de lácteos eran muy similares a comienzos del siglo XXI.

Figura 2. Consumo de productos lácteos (litros y kg. por persona y año) en las zonas rurales: zonas urbanas=100



Fuente: elaboración propia a partir del cuadro 6.

La mayor rapidez de los cambios alimentarios en las ciudades queda constatada también por el hecho de que en ellas se produjo de manera más temprana la eventual identificación del consumo de leche con el consumo de leche esterilizada de vaca (cuadro 7). En el medio rural, en cambio, las alternativas tardaron más en ser podadas. Hacia mediados de la década de 1960, los consumidores rurales, sin perjuicio de compartir con los urbanos una orientación clara hacia la leche de vaca, se apoyaban en

mayor medida que los urbanos en las leches de cabra y oveja. Y, sobre todo, el triunfo de la leche esterilizada fue más tardío en el medio rural, donde todavía a comienzos de la década de 1990 retenían un peso destacado tanto la leche pasteurizada como (especialmente) la leche sin transformar (López Plaza, 1993). Esta, junto con la anteriormente comentada lentitud del proceso de difusión del yogur, fue probablemente la característica más distintiva del consumo rural de productos lácteos a lo largo de nuestro periodo.

Cuadro 7. Composición del consumo de leche según hábitat urbano o rural

	<i>Según tipo de leche (%)</i>			<i>Leche esterilizada (%)^a</i>
	<i>Vaca</i>	<i>Cabra y oveja</i>	<i>En conserva</i>	
1964/5				
Urbano	89	4	7	
Rural	82	11	8	
1980/1				
Urbano	88	1	12	45
Rural	87	4	9	22
1990/1				
Urbano	91	0	9	76
Rural	90	1	9	52
2006				
Urbano	97	0	3	97
Rural	98	0	2	94

Notas: ^a Calculado sobre leche de vaca únicamente.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.

Una de las razones por las que las diferencias entre zonas urbanas y zonas rurales no fueron, después de todo, tan acusadas es que, en el fondo, términos como “España urbana” y “España rural” en realidad agregan poblaciones y situaciones que podían diferir sustancialmente entre sí, separándolas a su vez de otras con las que podían guardar mayor similitud. Ello es así porque el factor regional tuvo, sobre todo durante la primera parte del periodo, una gran influencia sobre las pautas de consumo de productos lácteos. Hacia mediados de la década de 1960, primera fecha para la que disponemos de datos, el consumo de leche en la región Norte era muy superior al del Interior o (aún en mayor medida) en el Mediterráneo o Andalucía (cuadro 8). Es cierto que las poblaciones de la región Mediterránea realizaban una ligera compensación a través de un mayor consumo de queso, leches fermentadas y leches en conserva, pero aún así la geografía del consumo agregado de lácteos resulta concluyente (figura 3).

Cuadro 8. Consumo de productos lácteos por persona y año en cuatro grandes regiones

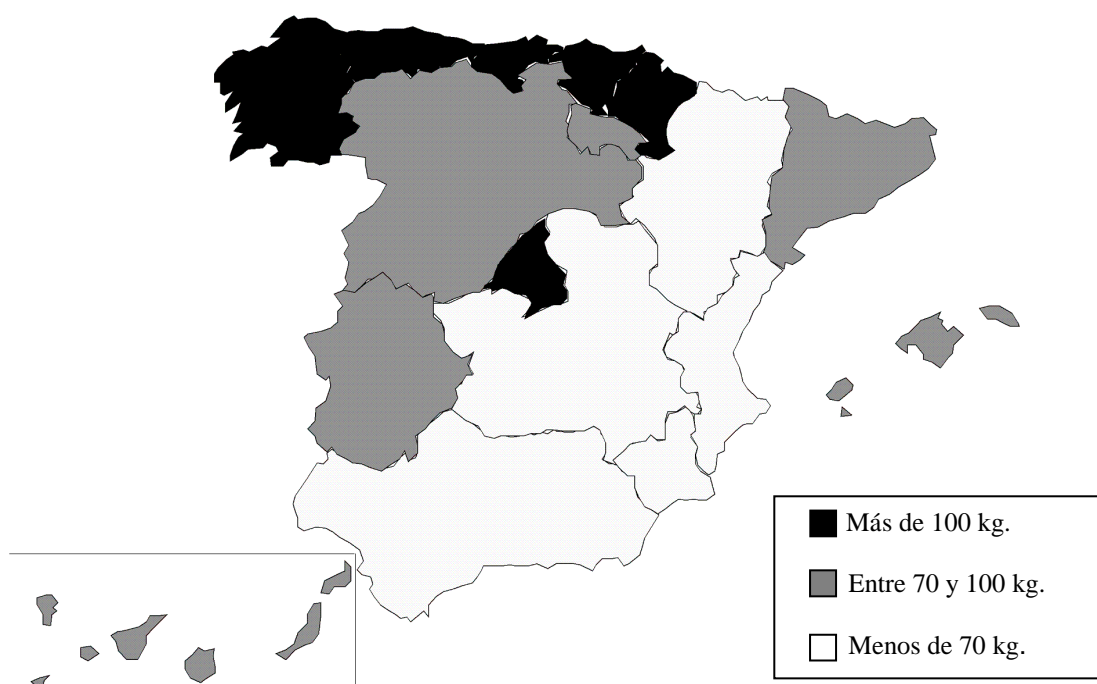
	<i>Total</i> (kg.) ^a	<i>Leche</i>		<i>Derivados lácteos (kg.)</i>				
		<i>Líquida</i> (litros)	<i>En conserva</i> (kg.)	<i>Total</i>	<i>Queso</i>	<i>Mantequilla</i>	<i>Leches fermentadas</i>	<i>Otros</i>
1964/5								
Norte	144,7	138,1	0,6	1,8	1,4	0,3		0,1
Interior	89,8	84,3	1,3	1,7	1,2	0,3		0,1
Mediterráneo	60,9	50,1	6,2	3,2	2,1	0,5		0,7
Andalucía	57,4	52,0	2,3	1,5	1,1	0,4		0,1
1980/1								
Norte	183,8	167,8	1,0	10,0	5,0	0,5		4,5
Interior	157,6	141,6	2,3	9,3	4,0	0,3		5,0
Mediterráneo	114,4	96,8	4,1	10,6	4,5	0,4		5,7
Andalucía	138,6	119,5	3,7	11,8	3,5	0,4		7,8
1990/1								
Norte	171,5	149,8	0,7	16,5	6,3	0,3		8,9
Interior	146,4	128,4	1,3	12,8	5,0	0,2		6,3
Mediterráneo	116,1	96,4	1,8	15,0	6,2	0,3		6,4
Andalucía	135,9	114,0	1,7	16,8	4,8	0,4		9,6
2006								
Norte	128,8	93,9 ^b	0,5	31,7	6,2	0,2		16,8
Interior	125,3	92,8 ^b	0,5	29,2	5,7	0,1		14,2
Mediterráneo	107,4	73,4 ^b	0,6	31,2	6,7	0,2		13,6
Andalucía	106,8	70,8 ^b	0,7	33,2	5,6	0,2		14,3

Notas: ^a Incluye la leche líquida y aquellos derivados y leches en conserva para los que en cada fecha existan datos; ^b Sólo leche de vaca.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.

Por encima de 100 kilogramos de lácteos por persona y año sólo se situaban las regiones cantábricas, Navarra (que quizá podría considerarse como parte de la macrorregión Norte a efectos lácteos) y Madrid. Y aún este último caso debería ser tomado con cautela, ya que, si para una ciudad abundan los testimonios sobre adulteración de la leche por aguado durante esos años (que, como se ha advertido en el apartado anterior, deforman al alza los datos de la Encuesta de Presupuestos Familiares), esa es precisamente Madrid (Langreo, 1995: cap. 4; Calcedo, 1997; LVE, 1958, 1964). Fuera de este reducido grupo de regiones, el consumo de lácteos era bajo y, en casos como los de la Comunidad Valenciana o Murcia, extremadamente bajo (Apéndice, cuadro A2). En la Comunidad Valenciana, en concreto, se trataba de un nivel muy inferior aún al que se había llegado a alcanzar en los albores de la Guerra Civil (Calatayud, 2010).

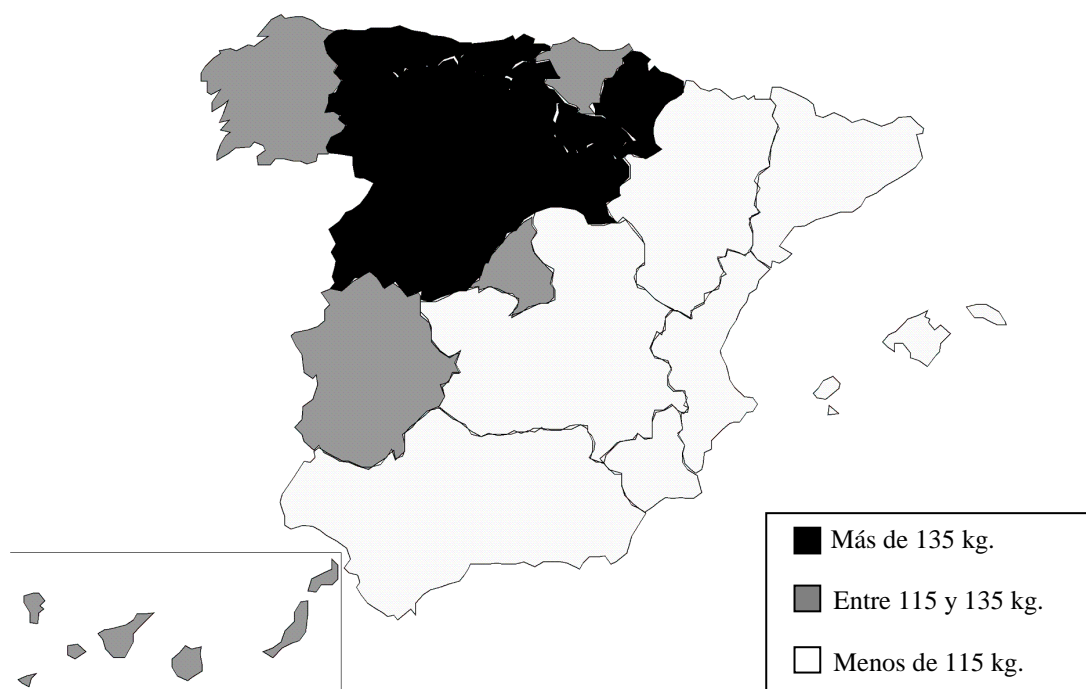
Figura 3. Consumo de productos lácteos (kilogramos de leche líquida y queso por persona y año), 1964/5



Fuente: cuadro A2.

Esta geografía regional del consumo de productos lácteos nunca llegó a morir del todo. Todavía a comienzos del siglo XXI, las posiciones relativas de unas y otras Comunidades Autónomas no eran muy diferentes a las de mediados de la década de 1960. En especial, parecía trazarse una diagonal desde el límite occidental de Aragón hasta el límite meridional de Extremadura por debajo de la cual el consumo continuaba siendo más bajo que en las otras regiones (y ahora, en 2006, sin excepciones relativas como eran Cataluña o Baleares en 1964/5) (figura 4). Aunque el consumo de derivados lácteos había crecido por todas partes sin grandes disparidades, continuaba habiendo una importante diferencia en el consumo de leche líquida a favor del Norte y de una región Interior cuyo crecimiento entre mediados de la década de 1960 y comienzos de la de 1980 había sido muy rápido.

Figura 4. Consumo de productos lácteos (kilogramos de leche y derivados por persona y año), 2006



Fuente: cuadro A2.

Pese a todo, hubo una tendencia clara hacia la homogeneización regional de los consumos. Aunque la geografía del consumo a comienzos del siglo XXI mantenía similitudes con la de la década de 1960, las diferencias entre unas y otras regiones habían disminuido sustancialmente. Para 1980/1, en las cuatro macrorregiones se superaba ya con holgura un consumo de 100 kilogramos por persona y año, hecho que se mantuvo ya durante el resto del periodo. También era así para todas las Comunidades Autónomas, salvo en 1980/1 para el engañoso caso de Canarias, caracterizado por un peso tan alto de la leche en polvo reconstituida que la presencia de calcio en la dieta era muy superior a la sugerida por el criterio de agregación aquí empleado (Varela, dir., 1995: cap. 3).

Todas las regiones terminaron, claro está, confluyendo también hacia el consumo de leche esterilizada de vaca como casi única modalidad de consumo de leche. Los puntos de partida para llegar aquí fueron sin embargo bien diferentes. La leche de vaca fue siempre predominante por todas partes, pero hacia mediados de la década de 1960 el consumo de leche de cabra (y, en menor medida, oveja) aún representaba casi un tercio del consumo andaluz de leche (cuadro 9). En el Mediterráneo, por su parte, la leche en polvo reconstituida y la leche condensada también tenían una presencia mayor de lo habitual. Es decir, las dos macrorregiones con los consumos más bajos se

caracterizaban por consumos particularmente bajos de leche líquida de vaca y una mayor presencia de alternativas como la leche de cabra o la leche en conserva. Durante los quince años siguientes, en cambio, la aceleración del consumo de leche en estas dos macrorregiones se apoyó sobre el consumo de leche líquida de vaca y se saldó con una marginalización de las alternativas.

Cuadro 9. Composición del consumo de leche en cuatro grandes regiones

	<i>Según tipo de leche (%)</i>			<i>Leche esterilizada (%)^a</i>
	<i>Vaca</i>	<i>Cabra y oveja</i>	<i>En conserva</i>	
1964/5				
Norte	98	1	0	
Interior	92	5	2	
Mediterráneo	79	7	15	
Andalucía	67	29	4	
1980/1				
Norte	98	0	2	22
Interior	95	1	4	41
Mediterráneo	90	0	9	61
Andalucía	88	6	6	28
1990/1				
Norte	97	0	4	56
Interior	94	0	6	69
Mediterráneo	92	0	8	86
Andalucía	93	1	6	61
2006				
Norte	99	0	1	93
Interior	99	0	1	97
Mediterráneo	98	0	2	98
Andalucía	96	0	4	97

Notas: ^a Calculado sobre leche de vaca únicamente.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.

Fue en el Mediterráneo, además, donde con mayor precocidad se produjo el ascenso de la leche esterilizada. Allí, la esterilizada fue fundamental ya en el crecimiento del consumo que tuvo lugar hasta comienzos de la década de 1980. Mientras tanto, en el Norte, donde la leche de vaca había representado la inmensa mayoría del consumo desde un primer momento, prevalecieron durante más largo tiempo las alternativas a la esterilizada, en especial la leche sin transformar; no fue hasta los años finales del siglo XX cuando también el consumo de esta región pasó a identificarse casi en exclusiva con el consumo de leche esterilizada.

Finalmente, junto con el estatus socioeconómico y el territorio, también las características demográficas de los consumidores y de sus hogares de pertenencia fueron relevantes. Pero, así como la influencia del estatus y el territorio fue cambiante a lo largo del tiempo, las características demográficas generaron pautas de segmentación más estables. El tamaño del hogar, por ejemplo, fue un condicionante persistente de los niveles de consumo: en las tres fechas para las que disponemos de información, el consumo por persona era menor cuanto mayor fuera el número de miembros de la unidad familiar. Esto no sólo ocurría a nivel agregado para el conjunto de productos lácteos, sino también para cada uno de los productos considerado individualmente (cuadro 10). El efecto incluso parecía tender a intensificarse a lo largo del tiempo (figura 5).

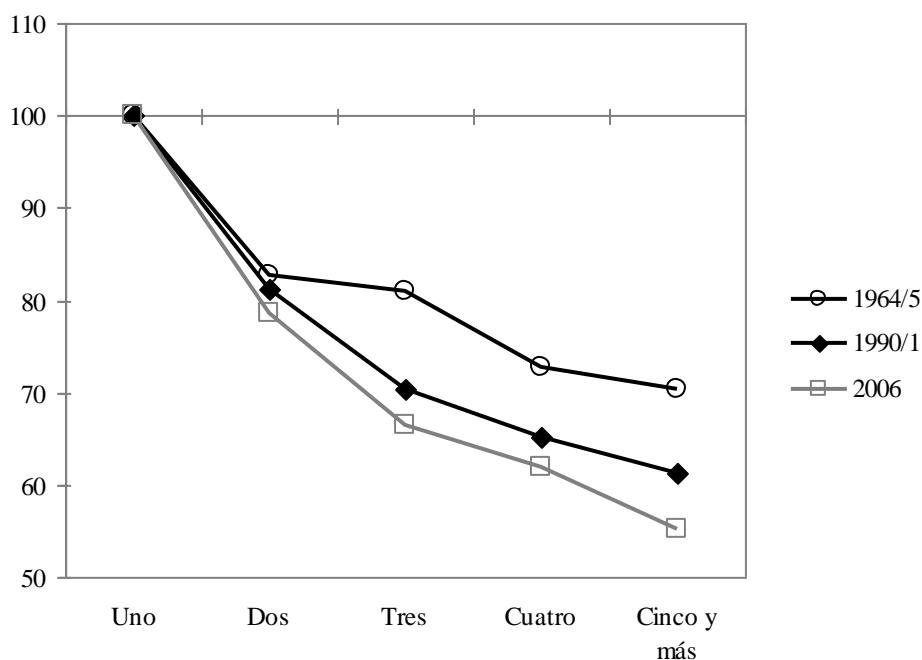
Cuadro 10. Consumo de productos lácteos por persona y año según el número de miembros del hogar

	<i>Total</i> (kg.) ^a	<i>Leche</i>		<i>Consumo de derivados lácteos (kg.)</i>				
		<i>Líquida</i> (litros)	<i>En conserva</i> (kg.)	<i>Total</i>	<i>Queso</i>	<i>Mantequilla</i>	<i>Leches fermentadas</i>	<i>Otros</i>
1964/5								
Uno	111,8	106,0			2,6			
Dos	92,4	88,0			1,8			
Tres	90,6	86,3			1,7			
Cuatro	81,4	77,5			1,6			
Cinco y más	78,6	75,1			1,3			
1990/1								
Uno	203,7	173,4	4,5	20,6	8,0	0,4	10,1	2,1
Dos	165,3	141,3	2,5	17,3	7,4	0,4	7,4	2,1
Tres	143,2	120,1	2,4	17,1	6,7	0,3	7,7	2,4
Cuatro	132,5	112,5	1,3	15,4	5,5	0,3	7,5	2,0
Cinco y más	125,0	107,4	1,5	12,8	4,5	0,3	6,5	1,5
2006								
Uno	171,9	119,7 ^b	0,7	47,9	8,5	0,3	26,1	13,0
Dos	135,2	97,3 ^b	0,5	34,5	7,2	0,3	17,1	9,9
Tres	114,4	79,3 ^b	0,8	31,9	6,5	0,2	14,7	10,5
Cuatro	106,3	74,8 ^b	0,6	28,7	5,6	0,1	12,1	10,9
Cinco y más	95,1	68,4 ^b	0,4	24,2	4,7	0,1	10,5	8,9

Notas: ^a Incluye la leche líquida y aquellos derivados y leches en conserva para los que en cada fecha existan datos; ^b Sólo leche de vaca.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.

Figura 5. Consumo total de productos lácteos (kg. por persona y año) según número de miembros del hogar: hogares de un solo miembro = 100



Fuente: elaboración propia a partir del cuadro 10.

También los datos de consumo según edad muestran una pauta estable de diferenciación en las fechas para los que están disponibles, si bien en este caso se trata solamente de las dos últimas. Se aprecia que, tanto a finales del siglo XX como a comienzos del XXI, el consumo de lácteos era mayor en los hogares encabezados por personas mayores (cuadro 11; figura 6). La mayor parte de esta diferenciación se concentraba en el consumo de leche líquida: en 2006, por ejemplo, el consumo per cápita de leche líquida en los hogares encabezados por personas de edad avanzada (mayores de 64 años) casi llegaba a duplicar el de los hogares encabezados por jóvenes (menores de 35 años). A esto hay que añadir el hecho de que, por los motivos expuestos en el apartado anterior, las categorías de clasificación utilizadas por las fuentes implican una infraestimación de las diferencias intergeneracionales, por lo que, en lo que se refiere al consumo de leche, estas diferencias debían de ser aún más pronunciadas de lo que sugieren los datos.

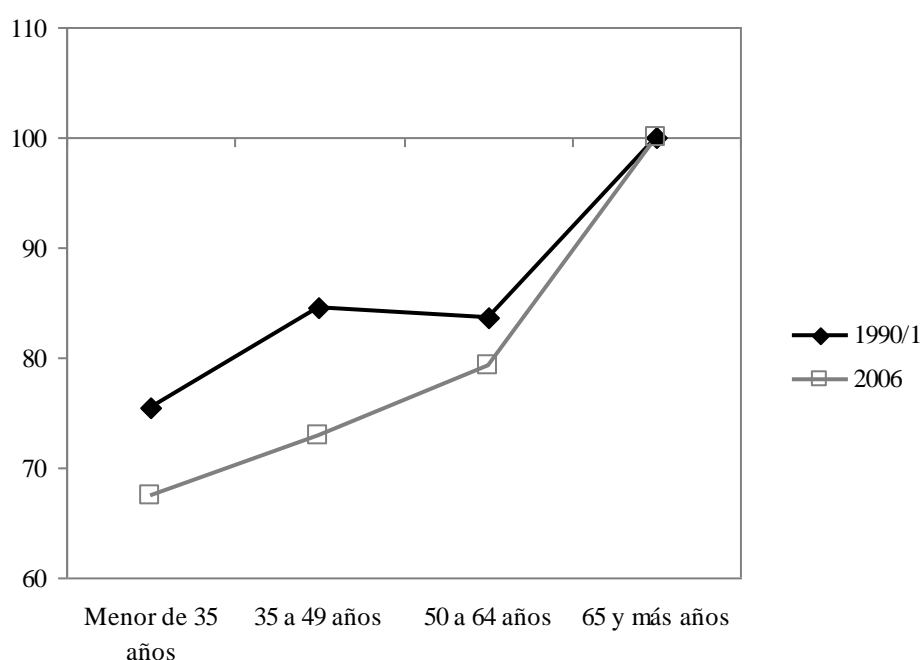
Cuadro 11. Consumo de productos lácteos por persona y año según la edad del sustentador principal (1990/1) o del responsable familiar de las compras (2006)

	Total (kg.)	Leche		Consumo de derivados lácteos (kg.)				
		Líquida (litros)	En conserva (kg.)	Total	Queso	Mante- quilla	Leches fermen- tadas	Otros
1990/1								
Menos de 30	116,9	98,3	2,5	16,7	4,7	0,3	9,5	2,2
30 a 44	131,1	114,9	1,4	15,2	4,7	0,3	8,6	1,6
45 a 64	129,7	115,5	1,6	13,3	4,9	0,3	6,8	1,3
Más de 64	155,1	139,4	2,8	14,0	5,4	0,3	7,0	1,2
2006								
Menos de 35	99,9	65,8 ^a	1,0	31,1	5,8	0,2	13,8	11,3
35 a 49	108,0	74,8 ^a	0,5	30,5	5,9	0,2	12,8	11,6
49 a 64	117,4	83,3 ^a	0,5	31,1	6,5	0,2	15,3	9,1
Más de 64	148,0	111,3 ^a	0,6	32,8	6,7	0,2	17,1	8,8

Notas: ^a Sólo leche de vaca.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.

Figura 6. Consumo total de productos lácteos (kg. por persona y año) según edad del sustentador principal (1990/1) o del responsable familiar de las compras (2006): hogares encabezados por personas de más de 64 años = 100



Fuente: elaboración propia a partir del cuadro 11. Para 1990/1, los tramos son en realidad los siguientes: menor de 30 años, entre 30 y 44 años, entre 45 y 64 años, y 65 y más años.

El consumo de derivados lácteos, en cambio, se encontraba menos segmentado en función de la edad. Es cierto que el consumo de productos novedosos parecía

encontrar una difusión inicialmente más rápida entre los adultos jóvenes, como mostrarían los casos de las leches fermentadas en 1990/1 y los nuevos derivados (en su mayor parte, otros postres refrigerados) en 2006. Pero las personas mayores más o menos compensaban esto con un consumo mayor de derivados tradicionales como el queso. Además, los hábitos de consumo de las personas mayores parecían ser suficientemente flexibles como para terminar adoptando de manera tan generalizada (o más) que las personas jóvenes lo que en tiempos habían sido innovaciones de producto, como en el citado caso de las leches fermentadas (cuyo consumo era en 2006 superior en los hogares encabezados por personas de edad avanzada). Así, aunque la renovación de la gama de derivados lácteos avanzaba con mayor rapidez que el reemplazo biológico de unas generaciones por otras (con la consiguiente subida de escalón de cada generación a lo largo del tiempo), la mayor facilidad con que los nuevos productos se hacían hueco en la dieta de las personas jóvenes no conducía a grandes diferencias generacionales en el consumo total de derivados.

Pese a ello, las diferencias en el consumo de leche sí eran lo suficientemente acentuadas como para producir un efecto generacional claro en los datos agregados de consumo de lácteos. Aunque carecemos de información previa a 1990/1, sí podemos apreciar que a partir de entonces el efecto generacional parecía incluso ir al alza (figura 6).

DOS REGÍMENES DE CONSUMO, DOS PATRONES DE SEGMENTACIÓN

Las pautas de diferenciación encontradas en el apartado anterior pueden enlazarse entre sí y con la evolución de los valores promedio a través de una perspectiva cronológica. Aunque no es posible, en el espacio restante de este artículo, profundizar en los determinantes de las disparidades, sí es posible reunir algunas claves y organizarlas de tal modo que contribuyan a perfilar la dinámica de los dos regímenes de consumo que, como se avanzó en la introducción, estructuraron el cambio alimentario en materia de lácteos.

La situación de partida

Hacia finales de la década de 1950 y aún a mediados de la década de 1960 (esta última fecha, punto de partida de la mayor parte de la información estadística disponible), el consumo de productos lácteos mostraba las segmentaciones propias de una transición nutricional en movimiento. Aunque la difusión del consumo de leche tenía tras de sí una larga historia que se remontaba a la parte final del siglo XIX, el proceso estaba aún lejos de haberse completado en la mayoría de las regiones del país. El consumo de leche estaba muy difundido en las regiones cantábricas (que se situaban en niveles comparables a los de la Europa atlántica), pero en el resto del país, y muy especialmente en el Mediterráneo y en Andalucía, una proporción aún significativa de la población continuaba sin consumir leche de manera regular.

Una causa fundamental de estas diferencias regionales eran las diferentes condiciones climatológicas en que se movía la actividad ganadera en unos y otros territorios. En la España húmeda, la abundancia de pastos naturales, combinada con el cultivo de prados artificiales por parte de los campesinos, hacía posible sostener una cabaña vacuna más abundante. De este modo, la leche (cuya conservación, además, era menos problemática bajo tales condiciones climatológicas) se convirtió en un bien de consumo masivo mucho antes que en el resto de España. El bajo precio relativo de la leche en relación a otros alimentos hizo que aquel producto penetrara en diferentes espacios de la dieta cotidiana de la población. Además, la presencia de un modelo campesino de sociedad rural, sin excesivas desigualdades en la propiedad de los activos (en este caso, del ganado vacuno), favorecía una amplia difusión de las prácticas de autoconsumo y de comercio informal a pequeña escala. De este modo, el consumo de varias raciones de leche al día, generalmente combinadas con galletas u otros cereales (como el maíz), era práctica habitual en numerosos hogares, no necesariamente acomodados (Ruisoto, 2007; Ballesteros, 2008; Plaja, 1965).

En el resto del país, sin embargo, la climatología era menos propicia para la producción de leche de vaca en condiciones orgánicas. Las necesidades alimenticias de las vacas lecheras eran considerables, y en buena parte de las comarcas resultaba muy complicado sostener densidades ganaderas elevadas sobre la base de los pastos y prados locales. Esto, además de ser un obstáculo en sí mismo, condicionaba el ritmo del cambio tecnológico, ya que la introducción de razas extranjeras (en especial, la frisona) con rendimientos lácteos superiores a los de las razas autóctonas aumentaba el nivel de

exigencia en lo que se refiere a cantidad y regularidad de la alimentación animal. A ello aún habría que añadir el impacto de la climatología (en especial, del calor estival) sobre la siempre delicada conservación de un producto perecedero y potencialmente peligroso para la salud en caso de ser consumido en un estado deteriorado.

Así las cosas, había dos vías para contrarrestar o, cuando menos, mitigar el impacto que estos problemas productivos tenían sobre la capacidad de consumo de las poblaciones. Los consumidores podían, en primer lugar, orientar su abastecimiento hacia las alternativas a la leche líquida de vaca. En el Mediterráneo, efectivamente, se realizaba un consumo significativo de leche en conserva, más fácilmente gestionable a lo largo de la cadena productiva y menos sensible a problemas de conservación. (De hecho, en estos años había una amplia literatura internacional enfatizando el papel que la leche en conserva podía desempeñar en el suministro lácteo de las poblaciones de climas no húmedos.) También se registraban niveles de consumo de queso más elevados que en otras regiones. Y el consumo de leche de las poblaciones andaluzas (en especial, en las provincias orientales) se orientó aún en mayor medida hacia la leche de cabra, cuya producción estaba sometida a restricciones ecológicas mucho menos acentuadas, dado que eran mucho menores los requisitos de alimentación animal. (Este importante papel de la leche de cabra en algunas regiones del país hundía sus raíces largo tiempo atrás; Hernández Adell, 2012: caps. 3 y 4, muestra que su cuota de mercado se mantuvo constante durante el primer tercio del siglo XX a pesar de la expansión en el consumo de leche de vaca). Con todo, estas opciones, y en especial la leche en conserva en el Mediterráneo, no pasaron de tener un carácter complementario al de la siempre predominante leche líquida de vaca. Esta última era la que retenía la imagen social de auténtica leche; como resumía el entonces ministro de Comercio Alberto Ullastres en un discurso pronunciado en 1960, “no es lo mismo, porque ustedes no lo aceptan igual, el que [la leche] se haga en polvo” (*REL*, 1960).

Una segunda vía para satisfacer la demanda de leche consistía en movilizar, directa o indirectamente, recursos naturales externos a la comarca. Las vaquerías urbanas, aún lejos de haber desaparecido (pese a que los vientos de la regulación sanitaria soplaban en su contra ya desde la década de 1920) arrastraban tras de sí una larga tradición de concentrar vacas lecheras de alto rendimiento y alimentarlas con forrajes procedentes en ocasiones de los alrededores de las ciudades pero también de comarcas adyacentes (*REL*, 1962; Ràfols, 1997). También las empresas recogedoras que habían comenzado a desempeñar un papel relevante en el abastecimiento de ciudades

como Barcelona y Valencia ya antes de la Guerra Civil habían comenzado a expandir el radio de sus redes de recogida (Hernández Adell, 2012: cap. 5). Además, con una difusión cada vez más amplia del transporte refrigerado, comenzaron a formarse redes de comercio de leche cruda que, procedente fundamentalmente de la España húmeda, era posteriormente transformada por empresas del resto del país (Langreo, 1995: cap. 4; Caldentey, 1973). De hecho, la propia lógica de las centrales lecheras promovidas por el Estado a partir de 1952 consistía en crear condiciones adecuadas para que, en cada ciudad de cierto tamaño, una única empresa fuera capaz de coordinar exitosamente este tipo de sistemas de abastecimiento basados en recursos externos (*REL*, 1956). (En ocasiones puntuales, cuando estas redes no garantizaban un abastecimiento suficiente en algunas grandes ciudades, las centrales lecheras correspondientes vieron relajadas las restricciones para la importación de leche cruda procedente del extranjero; Langreo, 1995: cap. 5.)

Sin embargo, estos sistemas eran, por su propia naturaleza, costosos y se orientaban en mayor medida hacia la demanda urbana, más concentrada y potente que la rural. Además, el escaso éxito del plan de centrales lecheras antes de que se procediera a su revisión en 1966 hizo que ni siquiera en las principales ciudades estuviera garantizado un abastecimiento masivo de leche a precios y calidades razonables. La lentitud con que progresó el proyecto en el decisivo caso de Madrid, y la larga persistencia en esta ciudad del aguado como método para aumentar fraudulentamente la elasticidad de la oferta, son ilustrativas de ello. La política autárquica del primer franquismo tampoco contribuyó, ya que obstaculizó la absorción de innovaciones (vía importación de maquinaria) que aumentarían la productividad de la industria láctea. Y, de hecho, casos como el de Valencia, cuyos niveles de consumo prebélico estaban aún muy lejos de haberse recuperado en una fecha tan tardía como 1964/5, sugieren que la ruptura interpuesta por el primer franquismo pudo tener también un efecto desestructurador sobre las complejas redes y estrategias empresariales que, en distintas partes del país, venían intentando vencer las limitaciones ambientales que de partida condicionaban el consumo de leche por parte de la población.

Así las cosas, las dificultades prevalecientes en la mayor parte del país para garantizar un abastecimiento masivo de leche hicieron que, inevitablemente, el consumo de este alimento mostrara una clara jerarquización social. Teniendo en cuenta que el cuartil más acomodado de la sociedad se situaba ya por encima de los 100 kilogramos de productos lácteos por persona y año (y el segundo cuartil más acomodado por encima

de 85), la práctica totalidad de los casos de personas que aún no consumían leche de manera regular y significativa a mediados de la década de 1960 se concentraban en los grupos sociales de estatus bajo y medio-bajo. Considerando a su vez que el consumo promedio de la región Norte se situaba por encima de 140 kilogramos, y aun suponiendo que en esta región se diera la misma jerarquización del consumo que en el conjunto de España (pese a que probablemente la jerarquización era menor, por los motivos comentados y porque prevalecía un nivel general de desigualdad social algo inferior), no parece arriesgado concluir que la falta de consumo regular de leche se concentraba en las clases bajas y medias-bajas del Interior y, sobre todo, del Mediterráneo y Andalucía. Aunque sea sólo a modo de ilustración, resulta expresivo el modo en que, dentro de estas dos últimas regiones, territorios relativamente ricos como Cataluña y Baleares mostraban cierta capacidad para superar las limitaciones y llevar su consumo de lácteos al entorno de la media española, mientras el resto de regiones continuaban mostrando consumos muy bajos.

Con todo, a nivel del conjunto del país, es probable que estas diferencias entre clases altas y clases bajas fueran menores que en los inicios de la transición nutricional, o al menos así lo sugieren los datos de una pequeña muestra de hogares (cuya representatividad estadística, sin embargo, desconocemos) para la primera década del siglo XX (Hernández Adell, 2012; Muñoz Pradas, 2009). (Agrupando esta información en cuatro grupos de estatus de dimensiones aproximadamente similares, resultaría un coeficiente de variación superior a la unidad, muy por encima por tanto del que muestra el cuadro 12 para 1964/5.) Y, sobre todo, conviene recordar que estas diferencias operaban sobre la base de unas disparidades regionales aún más acentuadas y que son las que en mayor medida definían el patrón de segmentación del consumo al comienzo del periodo (cuadro 12).

Este patrón de segmentación, por su parte, muestra bien las dos grandes diferencias entre España y unos países de Europa noroccidental que, a comienzos de la década de 1960, realizaban unos consumos de lácteos que más que duplicaban el español: en primer lugar, la presencia en la mayor parte del país de unas condiciones ecológicas menos propicias para la producción y el abastecimiento masivos de leche; y, en segundo lugar, un menor nivel de renta que, combinada con una más desigual distribución de la renta, dificultaba el acceso de los grupos sociales más humildes al consumo de un alimento relativamente costoso. Ello sin perjuicio de que, como sugiere el hecho de que el consumo español de lácteos fuera inferior incluso a la media de la

Europa del sur (que básicamente compartía estos dos rasgos), pudiera haber factores adicionales que quedan ya fuera del ámbito de este trabajo, como los relacionados con el impacto específico de la política económica del primer franquismo o el escaso desarrollo en España de una cultura de consumo regular y abundante de queso y otros derivados (como sí ocurrió, por ejemplo, en Grecia) a modo de factor compensador del bajo consumo de leche líquida (Collantes, 2014; López Plaza, 1995).

Cuadro 12. Coeficientes de variación del consumo de productos lácteos

	<i>Estatus socioeconómico</i>	<i>Región</i>		<i>Tamaño del hogar</i>	<i>Edad^e</i>
		<i>Macro-regiones</i>	<i>Comunidades Autónomas</i>		
Todos los productos lácteos ^a					
1964/5	0,24	0,46	0,40 ^d	0,14	
1980/1	0,02	0,20	0,24		
1990/1	0,07	0,16	0,18	0,24	0,12
2006	0,10	0,10	0,12	0,24	0,18
Leche líquida					
1964/5	0,23	0,42	0,52	0,14	
1980/1	0,02	0,23	0,30		
1990/1	0,08	0,19	0,23	0,21	0,14
2006 ^b	0,06	0,15	0,15	0,24	0,23
Derivados lácteos					
1964/5	0,26 ^c	0,38	0,54 ^d	0,28 ^c	
1980/1	0,11	0,10	0,19		
1990/1	0,03	0,12	0,20	0,17	0,10
2006	0,19	0,05	0,11	0,27	0,03

Nota: ^a Incluye la leche líquida y aquellos derivados y leches en conserva para los que en cada fecha existan datos; ^b Sólo leche de vaca; ^c Sólo queso; ^d 12 regiones que comprenden todo el territorio del país (véase texto); ^e Edad del sustentador principal en 1990/1 y del responsable familiar de las compras en 2006.

Fuente: elaboración propia a partir de los cuadros 4, 8, 10 y 11.

Hacia el consumo de masas

La gran expansión que se produjo en España en el consumo de lácteos durante las décadas de 1960 y 1970, y que situó al país ya en las proximidades del resto de Europa, se apoyó sobre la erosión del patrón de segmentación recién analizado y la consiguiente culminación del proceso de conformación de un régimen de consumo de masas. Hacia comienzos de la década de 1980, la jerarquización social del consumo de leche se había borrado por completo. (Una década más tarde, también el consumo de derivados lácteos, aún modesto, era muy similar entre unos y otros grupos sociales.)

Durante estos años la renta disponible de los españoles aumentó con mayor rapidez que en cualquier otra fase de la historia y, además, tendió a distribuirse de manera menos desigual (Carreras y otros, 2005), todo lo cual permitió que incluso los grupos de menor estatus dispusieran de mayores posibilidades de acceder al consumo de leche. Igualmente importante resultó la gran expansión de la oferta industrial de leche que se produjo a partir de mediada la década de 1960, una vez que se flexibilizó la normativa sobre centrales lecheras y se mejoró el acceso de las industrias (ahora más que nunca el segmento clave de la cadena láctea) a las importaciones de maquinaria a través de las cuales absorbían innovación tecnológica (Domínguez, 2003; Langreo, 1995: cap. 5).

Un aspecto fundamental de la formación de un patrón de consumo masivo fue la disminución de las diferencias regionales. Durante estos años, la capacidad de abastecimiento de leche de unas y otras regiones dejó de estar tan vinculada a las condiciones ecológicas y, más ampliamente, a la capacidad productiva de sus respectivos ganaderos. En realidad, la cabaña ganadera de vacuno lechero, aún bastante dependiente de la alimentación basada en la tierra (y no tanto, como en los casos del porcino o el aviar, de piensos compuestos), continuó concentrada en Galicia y la Cornisa Cantábrica (Calcedo, 1997). Ahora bien, a lo largo de estas décadas mejoró mucho la capacidad de los sistemas lácteos de las otras regiones para sortear los inconvenientes derivados de su desventaja comparativa para la producción de leche. En una cadena láctea crecientemente organizada por un número reducido de centrales lecheras e industrias lácteas operando en condiciones de competencia imperfecta, el papel de la leche producida por los ganaderos se vio crecientemente transformado: de constituir en la mayor parte de casos el alimento efectivamente consumido por la población pasó a ser la materia prima a partir de la cual las empresas industriales fabricaban la leche higienizada y envasada que ingerían los consumidores. La conformación de rutas de recogida de leche de radios cada vez mayores y la consolidación de un importante tráfico interregional de leche recién ordeñada facilitaron entonces el abastecimiento lácteo fuera de la España húmeda.

Hacia finales de la década de 1970, además, la industria láctea estaba apostando con fuerza por la leche esterilizada en detrimento de la pasterizada (sujeta a una regulación de precios que no hacía posibles márgenes de beneficio tan elevados y sujeta, también, a mayores restricciones de gestión y logística debido a su carácter más perecedero), con lo que se abría la puerta al comercio interregional de leche envasada y, por tanto, a la definitiva desvinculación de la geografía del consumo de leche con

respecto a la geografía de su producción. De manera significativa, más de la mitad del consumo de leche realizado en la región mediterránea en torno a 1980 era ya de leche esterilizada. Y, en la Comunidad Valenciana, donde (como vimos) se había producido un desplome del consumo durante el primer franquismo y que aún por entonces era la región peninsular con menor nivel de consumo, más del 80 por ciento del consumo era de leche esterilizada; esta región sería en aquel momento el tercer gran foco (tras Madrid y Barcelona) de absorción de los excedentes lácteos de otras provincias (Caldentey, 1973).

En suma, la reestructuración de la cadena láctea y el ascenso de la leche industrial fueron fundamentales para la culminación del ciclo de difusión del consumo de leche fuera de la España húmeda. Aunque, en especial en las ciudades grandes, el embrión de este nuevo modelo de abastecimiento hundía sus raíces en el primer tercio del siglo XX (Hernández Adell, 2012: cap. 5), fue ahora cuando se expandió con fuerza para impulsar la fase de mayor crecimiento en el consumo de leche de la historia de España. Tal fue el éxito de este nuevo modelo que las alternativas tradicionales a la leche líquida de vaca (en especial, la leche de cabra en Andalucía pero también, en menor medida, la leche en conserva en el Mediterráneo) fueron rápidamente abandonadas, especialmente en las ciudades (en las cuales, al fin y al cabo, pasó a concentrarse la mayor parte de la población a resultas de las intensas migraciones campo-ciudad de estos años; Collantes y Pinilla, 2011).

La mayor parte de regiones españolas llegaron así a una pauta de consumo masivo de leche a través de una vía un tanto diferente a la que previamente habían transitado las regiones cantábricas, basada en su caso en la ventaja comparativa para la producción campesina de leche y un predominio del consumo de leche sin transformar. En las regiones cantábricas, de hecho, fue donde más tardó la leche esterilizada en convertirse en dominante; a comienzos de la década de 1980, aún representaba menos de una cuarta parte del consumo.

No es que las disparidades regionales en el consumo de leche se borrarán completamente. La huella dejada por transiciones nutricionales de ritmos y contenidos diferentes no pudo sino condicionar la formación de hábitos alimentarios en unas y otras regiones (en la línea de la argumentación teórica propuesta por Harris, 1989). En las regiones cantábricas, el consumo de leche continuó estando muy por delante del resto porque había llegado a tener presencia en las más diversas franjas horarias. En mayor grado que en otras partes de España, era un complemento habitual en meriendas y

cenar, y no sólo un producto para el desayuno; de lo contrario, nunca habría podido llegar a consumos medios próximos a 170 litros por persona y día (como ocurría en 1980/1). Pese a todo, estas diferencias regionales en el consumo de leche eran ya mucho menos importantes que a mediados de la década de 1960 y, además, se veían ulteriormente mitigadas por el hecho de que el creciente consumo de derivados lácteos fuera incluso más uniforme (cuadro 12). Esta tendencia no hizo sino prolongarse en el tiempo, haciendo del factor regional (antaoño la principal variable de segmentación en el consumo) un elemento menor dentro del nuevo régimen de consumo que estaba tomando forma en la parte final del siglo XX y los primeros años del siglo XXI.

La conformación de un nuevo régimen de consumo

El nuevo régimen de consumo se caracterizó por el fin de la expansión del consumo físico de lácteos (de hecho, en la esfera doméstica terminó produciéndose una contracción de cierta claridad). El consumo de derivados, cuya variedad aumentaba con rapidez, creció de manera persistente, mientras que el consumo de leche (en especial, la leche entera que, en una forma u otra, había liderado la transición nutricional a lo largo del siglo previo) terminó cayendo. El patrón de segmentación propio de este periodo ofrece algunas claves para comprender mejor la dinámica de este segundo régimen de consumo, más diversificado que el anterior.

El aumento de la gama de consumos disponibles, materializado en una creciente variedad de derivados (en especial, postres refrigerados) y en la diferenciación de la leche en función de su contenido graso (con un creciente éxito de la leche semidesnatada), favoreció el resurgir de las disparidades en función del estatus socioeconómico. Los nuevos derivados, por ejemplo, eran más sofisticados que los productos tradicionales: incorporaban un mayor volumen de investigación y desarrollo, requerían costosas campañas publicitarias para su lanzamiento y disfrutaban de una imagen de calidad vinculada al concepto de alimentación saludable, por lo que se trataba de alimentos relativamente caros (Langreo, 2003), susceptibles de erigirse en símbolos de estatus y reiniciar así un ciclo de jerarquización social en el consumo. En realidad, dado que en todos los tipos de alimentos lácteos aumentó la gama de opciones (y relaciones calidad-precio) disponibles, todos ellos (incluidos los más tradicionales y en principio sencillos, como la leche y el queso) contribuyeron a sostener este nuevo

ciclo de disparidades sociales en el consumo. Aunque no se trató de una diferenciación comparable a la de mediados de la década de 1960, dado que las disparidades en consumo de leche (el producto más importante en términos de consumo físico) no eran tan acentuadas (cuadro 12), el modo en que la difusión de nuevos alimentos (o de nuevas variedades de los mismos) era liderada por las clases altas era reminiscente de lo ocurrido durante buena parte del siglo XX con la propia leche.

La difusión de estas nuevas pautas de consumo fue bastante homogénea a lo largo del territorio español. A diferencia de lo que había ocurrido con la leche hasta bien entrado el siglo XX, la mayor o menor capacidad de los agroecosistemas de unas y otras regiones para producir leche no era un condicionante de primer orden para el abastecimiento de los nuevos tipos de leche y derivados. La cabaña de vacuno lechero continuó concentrada en las regiones septentrionales, pero la consiguiente concentración espacial de la materia prima de origen ganadero no impedía que las empresas productoras de derivados lácteos se basara más bien en Madrid, Cataluña y otras zonas más atractivas desde el punto de vista de la localización industrial y la proximidad al consumidor (Calcedo, 2004; Langreo, 1995: cap. 5). A su vez, la concentración espacial de la producción de derivados en las proximidades de los mercados de consumo de mayores dimensiones tampoco impedía que los consumidores de otras zonas pudieran acceder a dichos derivados a precios razonables, y menos conforme la gran distribución minorista (con sus economías de escala en el transporte y la logística) fue desplazando a la industria como elemento coordinador del conjunto de la cadena láctea (Langreo, 2004). (Antes de eso, con todo, algunas empresas productoras de derivados incluso habían llegado a dotarse de tiendas y vehículos refrigerados propios con objeto de asumir ellas mismas las tareas de distribución; Langreo, 1995: cap. 5). Por todo ello, el factor regional no condicionó la expansión del consumo de derivados lácteos, como sí había sido el caso, por el contrario, con la expansión del consumo de leche hasta bien entrado el siglo XX.

Por su parte, la muy diferente evolución (declinante) del consumo de leche, mostró un componente generacional apreciable (cuadro 12). No todas las cohortes fueron igualmente sensibles a los cambios registrados en la imagen social de la leche durante estos años. Al hilo de nuevos resultados que comenzaban a asociar la ingesta de la grasa contenida en la leche con un mayor riesgo de contraer diversas enfermedades, el discurso científico sobre el impacto de la leche se fragmentó y dejó de ser, como hasta entonces, unánimemente positivo. De manera no inconexa, también la

preocupación por los efectos de la leche entera (con su contenido pleno de grasa) sobre la línea y el atractivo físico contribuyó al deterioro de la imagen social de este alimento (Vernon, 2000; ANSOAP, 2010). Fueron sobre todo los adultos jóvenes, cuyos hogares lideraron la caída agregada que pasó a observarse en el consumo de leche (Martín Cerdeño y Blázquez, 2008), quienes más receptivos se mostraron a estos nuevos mensajes y ansiedades. Algunos estudios de caso incluso muestran que, para comienzos del siglo XXI, una importante proporción (en torno al 20 por ciento) de adolescentes y adultos jóvenes (muchos de los cuales no estarían, en este último caso, emancipados aún) estaba abandonando el consumo regular de leche, incluso en la franja del desayuno (Comunidad de Madrid, 2008a, 2008b). Dado que estos jóvenes se encontraban incorporados a hogares encabezados por adultos de mediana edad, la brecha generacional era probablemente superior a la que sugieren nuestros datos basados en hogares. Conforme aumentaba la edad, en cambio, con mayor facilidad persistían los elevados niveles de consumo propiciados por unas preferencias forjadas en realidad durante una época anterior, bajo un marco cultural distinto. (Es cierto que esta comparación podría estar un tanto sesgada a favor del argumento presentado aquí por el hecho de que las poblaciones de mayor edad realizaban un menor consumo fuera del hogar, no recogido en nuestros datos, que las poblaciones jóvenes; Varela, dir., 1995: cap. 3; Díaz Méndez y otros, 2013.) Esta segmentación generacional, que se movía en órdenes de magnitud más importantes que otros posibles efectos relacionados con la edad (como, por ejemplo, los derivados del envejecimiento poblacional y la consiguiente alteración de los pesos demográficos de unos y otros grupos de edad), confería inercia propia a la caída en el consumo, ya que el transcurso del tiempo iba propiciando un aumento en el peso de las poblaciones cuyas preferencias se habían formado ya en el nuevo contexto, menos favorable al consumo de leche. (Aunque carecemos de datos estadísticos sobre el tema para la primera parte del periodo, es probable que las campañas encaminadas a favorecer el consumo de leche entre la población escolar durante esos años también impulsaran una cierta inercia expansiva de origen generacional a lo largo de las décadas siguientes; *REL*, 1964.)

Otro aspecto que contribuyó a la caída del consumo de leche fue el rápido descenso del mismo en las regiones cantábricas. A la altura de 2006, el consumo de leche había caído por debajo de 100 litros por persona y año, con lo que incluso el consumo total de lácteos (es decir, incorporando el claramente expansivo consumo de derivados) era ya muy inferior al de la década de 1960. Junto al efecto de sustitución de

leche por derivados, común a otras regiones, en el caso del Norte hay que tener en cuenta que la leche había llegado a tener presencia en todo tipo de franjas horarias. Conforme el desarrollo del sistema alimentario moderno fue aumentando la gama de opciones disponibles para complementar meriendas o cenas, los consumidores fueron restringiendo la frecuencia de sus consumos de leche. El nivel de consumo de 2006 no era muy diferente al que se obtendría si cada habitante de la región Norte hubiera consumido una (y sólo una) ración de leche, pongamos una taza de un cuarto de litro para el desayuno. Es decir, un consumo ampliamente difundido desde el punto de vista social, pero más circunscrito que en el pasado desde el punto de vista funcional.

Y aún así el consumo de leche en el Norte continuaba a la cabeza del país, con el Mediterráneo y Andalucía persistentemente por detrás. (Navarra, con un consumo de leche aún superior a los 100 litros por persona y año en 2006 y una muy alta proporción de jóvenes que aún continuaban consumiendo leche de manera regular, se alinearía con la macrorregión Norte; Durá, 2008). En el Mediterráneo y Andalucía, consumos en el entorno de 70 litros por persona y año implicaban que una pequeña franja de consumidores incluso había abandonado la práctica de consumir diariamente una cantidad significativa de leche. Las distintas culturas del consumo forjadas a lo largo de la mayor parte del siglo XX, cuando las diferencias regionales en dotación ecológica contribuyeron a configurar estructuras de precios relativos diferentes entre sí, mostraban cierta persistencia a lo largo del tiempo. (El coeficiente de correlación entre los consumos de las Comunidades Autónomas en 2006 y 1964/5 ascendía a 0,65.) Pese a ello, y al igual que ocurría con las disparidades por estatus, tampoco las disparidades regionales alcanzaban a comienzos del siglo XXI, una vez mitigada la restricción que las condiciones ambientales imponían sobre la capacidad de abastecimiento, una magnitud siquiera próxima a la de la década de 1960 (cuadro 12).

Una última pieza que, en el estado actual de la investigación, resulta más difícil de encajar es la diferenciación que, a lo largo de todo el periodo, se mantuvo entre los hogares de mayor y menor tamaño. De manera persistente y para todos los productos, los hogares pequeños mostraron consumos per cápita superiores a los de los hogares grandes. En realidad, este es un patrón que se encuentra para todos los consumos alimentarios, tanto en términos físicos como en términos de gasto monetario, y no sólo en España sino aparentemente en una amplia muestra de países (en modo alguno sólo europeos u occidentales) (Varela, dir., 1995: cap. 3; Deaton y Paxson, 1998). Los científicos sociales manejan diversas hipótesis al respecto, pero ninguna puede aún

considerarse ampliamente aceptada. Está claro que algunos bienes de consumo tienen características de bien público dentro del hogar, por lo que es lógico que los hogares grandes necesiten realizar un menor esfuerzo de consumo en los mismos para obtener un nivel satisfactorio de bienestar. Dentro de ciertos límites, el bienestar que un hogar de cuatro miembros deriva de disponer de una lavadora (es decir, 0,25 lavadoras por persona) no es inferior al que obtiene un hogar unipersonal que también disponga de lavadora (y tenga, por tanto, una dotación per cápita cuatro veces superior). Pero no es el caso con la alimentación o, por regresar a nuestro tema, con los lácteos, ya que en su consumo sí hay rivalidad (el yogur consumido por un miembro del hogar no puede ser consumido ya por otro).

Futuras investigaciones podrían esclarecer las causas por las cuales el consumo de lácteos de los hogares grandes fue sistemáticamente menor, y ello en contextos tan diferentes como los de la parte central del siglo XX o los inicios del siglo XXI. La mayor parte de hogares grandes eran, en todo momento, hogares con presencia de niños y adolescentes, por lo que cabe imaginar que sus requerimientos nutritivos eran en términos per cápita menores que los de los hogares compuestos exclusivamente por adultos (Cussó, 2001: cap. 7). (Puede que, en su caso, la presencia de personas mayores en este tipo de hogares funcionara en la misma dirección.) También eran hogares con tasas de dependencia demográfica elevadas, situados en un momento del ciclo de vida en el que la presencia de miembros no productivos contraía inevitablemente la renta disponible per cápita y, quizá por ello, las posibilidades de gasto (Laajimi y Albisu, 1997). Podríamos preguntarnos igualmente si, de manera no inconexa, estos hogares eran también los que en menor medida desperdiciaban comida, tema que viene ganando una creciente atención en los últimos tiempos; si ello fuera así (véase HISPACOO, 2012, para evidencia en esta línea referida al presente), la diferencia real entre unos y otros hogares no habría sido tan marcada como sugieren nuestros datos. Finalmente, y dada la persistencia de este factor a lo largo del tiempo y para toda la gama de productos considerados, podría especularse que la aplicación en las encuestas de factores de elevación temporal similares (específicos por producto) sobre observaciones semanales referidas a hogares con hábitos y frecuencias de compra de alimentos diferentes entre sí podría exagerar las diferencias entre dichos hogares en las resultantes estimaciones anuales.

No parece haber nada específico a los lácteos en este tema y, en la medida en que esta fuente de diferenciación fue persistente y ubicua a lo largo de todo el periodo,

tampoco parece tener demasiado potencial para participar en la explicación de las transformaciones en las pautas de consumo. Como la diferenciación afecta tanto a la leche como a los derivados, y a ambos en el mismo sentido, resulta difícil vislumbrar el efecto que, por poner un ejemplo, la reducción del tamaño medio del hogar registrada en España durante estas décadas pudo tener sobre la evolución del consumo de dos productos con trayectorias eventualmente tan dispares. Quizá futuras investigaciones, más específicas, podrían integrar esta pieza de manera más satisfactoria de lo que ha sido posible aquí.

CONCLUSIÓN

Hasta ahora, un análisis basado en promedios había permitido identificar la existencia de dos fases bien diferenciadas en la evolución del consumo de productos lácteos en España durante la segunda mitad del siglo XX y los inicios del XXI: una primera, hasta la década de 1980, caracterizada por una rápida expansión en el consumo de una gama relativamente reducida de productos; y una segunda de estancamiento como consecuencia de la confluencia de un persistente crecimiento del consumo de derivados lácteos y los inicios de una caída en el consumo de leche, todo ello en un contexto de creciente aumento de la variedad de alimentos lácteos disponibles. Este artículo ha ido más allá de estos promedios para indagar en las disparidades sociales, territoriales y demográficas con que fueron abriéndose paso estos cambios.

El resultado ha permitido avanzar en el análisis de lo que fueron dos regímenes de consumo bien distintos entre sí. El primero de ellos, vigente en realidad desde los inicios de la transición nutricional en materia láctea a finales del siglo XIX, se caracterizaba por una llamativa heterogeneidad regional, fruto del modo en que condiciones climatológicas diferentes se traducían en sistemas lácteos con capacidades productivas bien dispares, así como por una jerarquización social clara, como consecuencia de la más lenta incorporación al consumo de un alimento relativamente caro como la leche por parte de los grupos de estatus socioeconómico bajo. La erosión de estas segmentaciones regional y social, en especial a partir de mediada la década de 1960, hizo posible la formación de un régimen de consumo de masas y el cierre de un largo ciclo histórico de difusión de lo que en su momento había sido un alimento nuevo que la mayor parte de la población no consumía de manera regular.

A partir de la década de 1980, y sobre la base del desenlace recién comentado, fue tomando forma otro régimen de consumo menos expansivo pero más diversificado. Los productos más dinámicos de esta nueva fase, derivados lácteos cada vez más variados y elaborados, fueron objeto de un consumo más intenso por parte de los grupos de estatus alto, pero la consiguiente rejerarquización del consumo de lácteos no llegó a los niveles alcanzados durante buena parte del siglo XX. Tampoco el factor regional, en un momento en el que la cadena productiva era ya capaz de abastecer a los consumidores con independencia de las características de los sistemas productivos de las comarcas y provincias en que estos residieran, tuvo la importancia de antaño, y ello a pesar de que la conformación a lo largo de las décadas previas de culturas regionales de consumo bien diferentes no dejaba de tener cierta influencia. Más relevante resultó, sin embargo, el elemento generacional, ya que las cohortes relativamente jóvenes fueron más receptivas a la paulatina configuración de un nuevo marco científico y cultural menos propicio al consumo de leche (en especial, leche entera).

Todo lo anterior muestra que, si bien la renta disponible y el estatus socioeconómico son variables fundamentales en la explicación de los cambios en el consumo alimentario, también debemos tener en cuenta el modo en que las transformaciones (o la ausencia de las mismas) por el lado de la oferta condicionaron las elecciones de los consumidores, así como el impacto generacionalmente diferenciado de cambios en la imagen social de los productos y en el consiguiente encuadramiento cultural de las prácticas de consumo.

A grandes rasgos, el caso español parece insertarse dentro de dinámicas europeas más generales, si bien con algunas peculiaridades. También en otros países europeos parecen distinguirse dos regímenes de consumo con patrones de segmentación diferenciados. Algunos de los temas aquí tratados para España, como la erosión del patrón de segmentación social y regional propio de los inicios de la transición nutricional o, más adelante ya, el protagonismo de los derivados lácteos en la configuración de nuevas segmentaciones y la existencia de un elemento generacional en el abandono del consumo regular de leche, parecen parte de una historia europea más general. Por otro lado, sin embargo, el patrón inicial de segmentación social y regional parece haber persistido durante algo más de tiempo que en otros países de Europa occidental. En realidad, sería necesario un análisis histórico más detallado de otros países para caracterizar de manera precisa el caso español dentro de su contexto europeo.

Futuras investigaciones podrían extender el trabajo aquí realizado en dos sentidos, además del recién comentado. En primer lugar, podrían profundizar en un análisis, aquí forzosamente esquemático en algunos momentos, de las causas de cada una de las segmentaciones. Para ello sería necesario considerar de manera sistemática aspectos como la evolución de las diferencias interregionales en las estructuras de precios relativos, las implicaciones monetarias de los consumos físicos aquí considerados en función de la renta disponible para cada grupo de estatus, o los mecanismos sociológicos a través de los cuales unas generaciones pudieron ser más proclives que otras a transformar sus hábitos alimentarios. En segundo lugar, futuras investigaciones también podrían utilizar las fuentes y los métodos aquí empleados para trazar panorámicas más generales sobre cada una de estas segmentaciones dentro del conjunto de la alimentación española, valorando el grado en que la historia aquí contada para los productos lácteos es representativa de regímenes de consumo y patrones de segmentación más generales.

REFERENCIAS

- ANSOAP (2010): “Consumo de leche y hábitos de desayuno. 50 aniversario de Tetra Pak en España”, <www.tetrapak.com>.
- BALLESTEROS, S. (2008): *Autobiografía*. Madrid, Tutor.
- BARCIELA, C. y DI VITTORIO, A. (eds.), *Las industrias agroalimentarias en Italia y España durante los siglos XIX y XX*. Alicante, Universidad de Alicante.
- CALATAYUD, S. (2010): “Leche sin prados: producción y consumo lácteo en la ciudad de Valencia (1870-1936)”, presentado en el encuentro *Salud y ciudades en España 1880-1940* (Barcelona).
- CALCEDO, V. (1997): “Crisis, evolución y cambio en la ganadería de vacuno de leche de la España húmeda (1950 al 2000)”, en R. Domínguez (ed.), pp. 207-286.
- (2004): “El ganado bovino en España”, en F. Molinero, R. Majoral, J. M. García Bartolomé y G. García (coords), pp. 258-265.
- CALDENTHEY, P. (1973): “Estudio sobre precios geográficos de la leche”, *Revista de Estudios Agrosociales*, 83, pp. 45-115.
- CARRERAS, A., PRADOS DE LA ESCOSURA, L. y ROSÉS, J. R. (2005): “Renta y riqueza”, en A. Carreras y X. Tafunell (coords.), pp. 1297-1377.
- y TAFUNELL, X. (coords.), *Estadísticas históricas de España, siglos XIX-XX*. Bilbao, Fundación BBVA.
- CHASTAGNARET, G., DAUMAS, J. C., ESCUDERO, A. y RAVEUX, O. (eds.) (2010): *Los niveles de vida en España y Francia (siglos XVIII-XX)*. Alicante, Universidad de Alicante.
- CLOKE, P., MARSDEN, T. y MOONEY, P. H. (eds.) (2006): *Handbook of rural studies*. Londres, Sage.
- COLLANTES, F. (2012): “El consumo de productos lácteos en España, 1950-2010”, documento de trabajo DT-SEHA 12-04.
- (2014): “La evolución del consumo de productos lácteos en España, 1952-2007”, *Revista de Historia Industrial*, próximamente.
 - y PINILLA, V. (2011): *Peaceful surrender: the depopulation of rural Spain in the twentieth century*. Newcastle-upon-Tyne, Cambridge Scholars Publishing.
- COMUNIDAD DE MADRID (2008a): “Hábitos de salud en la población juvenil de la Comunidad de Madrid. Año 2007”, *Boletín Epidemiológico de la Comunidad de Madrid*, 14 (4).

- (2008b): “Hábitos de salud en la población adulta de la Comunidad de Madrid. Año 2007”, *Boletín Epidemiológico de la Comunidad de Madrid*, 14 (7).
- CUSSÓ, X. (2001): “Alimentació, mortalitat i desenvolupament: evolució i disparitats regionals a Espanya des de 1860”, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- (2005): “El estado nutritivo de la población española 1900-1970. Análisis de las necesidades y disponibilidades de nutrientes”, *Historia Agraria* 36, pp. 329-358.
- (2010): “Transición nutricional y globalización de la dieta en España en los siglos XIX y XX. Un análisis comparado del caso francés”, en G. Chastagnaret, J. C. Daumas, A. Escudero y O. Raveux (eds.), pp. 105-127.
- y GARRABOU, R. (2009): “Dieta mediterránea y transición nutricional moderna en España”, en L. Germán, R. Hernández y J. Moreno (coords.), pp. 25-63.
- DE GRAZIA, V. (2006): *El imperio irresistible: un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre la civilización europea*. Barcelona, Belacqva.
- DEATON, A. y PAXSON, C. (1998): “Economies of scale, household size, and the demand for food”, *Journal of Political Economy*, 106 (5), pp. 897-930.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. y GARCÍA ESPEJO, I. (2012): “Tendencias en la homogeneización del gasto alimentario en España y Reino Unido”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 139, pp. 21-43.
- , GARCÍA ESPEJO, I. y GUTIÉRREZ, R. (2013): “Los hábitos alimentarios de los españoles: claves para la comprensión de su transformación en tiempos de crisis”, presentado en el *XI Congreso Español de Sociología* (Madrid).
- y GÓMEZ BENITO, C. (2004): “El consumo alimentario en España”, en F. Molinero, R. Majoral, J. M. García Bartolomé y G. García (coords.), pp. 408-415.
- DOMÍNGUEZ, R. (2003): “La industria láctea en España, 1830-1985”, en C. Barciela y A. di Vittorio (eds.), pp. 457-495.
- (ed.) (1997): *La vocación ganadera del norte de España: del modelo tradicional a los desafíos del mercado mundial*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- DURÁ, T. (2008): “Ingesta de leche y derivados lácteos en la población universitaria”, *Nutrición Hospitalaria*, 23 (2).
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, F. (2004): *Historia de la comida: alimentos, cocina y civilización*. Barcelona, Tusquets.
- FLANDRIN, J.-L. y MONTANARI, M. (2004): *Historia de la alimentación*. Gijón, Trea.
- GALLEGO, D. (2001): “Sociedad, naturaleza y mercado: un análisis regional de los condicionantes de la producción agraria española (1800-1936)”, *Historia Agraria*, 24, pp. 11-57.
- GEISSLER, C. y ODDY, D. J. (eds.) (1993): *Food, diet and economic change past and present*. Leicester, Leicester University Press.
- GERMÁN, L. (2009): “Introducción. De la Historia Agraria a la Historia de la Economía Alimentaria”, en L. Germán, R. Hernández y J. Moreno (coords.), pp. 7-24.
- , HERNÁNDEZ, R. y MORENO, J. (coords.), *Economía alimentaria en España durante el siglo XX*. Madrid, Ministerio de Medio Ambiente, Medio Rural y Marino.
- GRANDE, I. (1993): “El comportamiento de los consumidores por grupos de edad: implicaciones sobre el diseño del mix de marketing”, *Distribución y Consumo*, 12, pp. 40-57.
- HARRIS, M. (1989): *Bueno para comer: enigmas de alimentación y cultura*. Madrid, Alianza.
- HERNÁNDEZ ADELL, I. (2012): “La difusión de un nuevo alimento: producción y consumo de leche en España, 1865-1936”, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- HISPACOOOP (2012): *Estudio sobre el desperdicio de alimentos en los hogares*. Madrid, HISPACOOOP.
- INE (Instituto Nacional de Estadística) (1959): *Encuesta sobre cuentas familiares, marzo 1958*. Madrid.
- (1962): *Censo de la población y de las viviendas de España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1960*. Madrid.
- (1965-69): *Encuesta de presupuestos familiares (marzo 1964-marzo 1965)*. Madrid.
- (1973): *Censo de la población de España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1970*. Madrid.
- (1983-85): *Encuesta de presupuestos familiares 1980-81*. Madrid.
- (1985): *Censo de población de 1981*. Madrid.
- (1992-95): *Encuesta de presupuestos familiares 1990-91*. Madrid.
- (1994): *Censo de población de 1991*. Madrid.
- KIPPLE, K. F. y ORNELAS, K. C. (eds.) (2000): *The Cambridge world history of food*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LAAJIMI, A. y ALBISU, L. M. (1997): “El consumo de alimentos en España. Cambios y nuevas tendencias”, *Agroalimentaria*, 5, pp. 47-54.

- LANGREO, A. (1995): *Historia de la industria láctea en España: una aplicación a Asturias*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (2003): “Cambios de fondo en el sistema lácteo español”, *Distribución y Consumo*, 67, pp. 93-102.
 - (2004): “¿Qué está pasando en el sector lácteo? Reflexiones sobre los grandes procesos de cambio”, *Distribución y Consumo*, 77, pp. 93-99.
- LÓPEZ PLAZA, E. (1993): “Dieta alimentaria en el mundo rural: el final de un mito”, *Distribución y Consumo*, 8, pp. 22-27.
- (1995): “Los derivados lácteos compiten con las frutas en el postre. Continúa aumentando el consumo de leche y productos lácteos”, *Distribución y Consumo*, 23, pp. 110-115.
- LVE (*La Vanguardia Española*) (1958): “Jornada platónica”, *La Vanguardia Española*, 7 de junio.
- (1964): “El problema de abastecimiento de leche sigue sin resolver”, *La Vanguardia Española*, 18 de agosto.
- MALASSIS, L. (1997): *Les trois âges de l'alimentaire: essai sur une histoire sociale de l'alimentation et de l'agriculture*. París, Cujas.
- MARTÍN CERDEÑO, V. y BLÁZQUEZ, D. (2008): “El consumo de leche y otros lácteos en España en las dos últimas décadas”, *Industrias Lácteas Españolas*, 357-358, pp. 143-147.
- MARTINELLI, P. (2009): “Contribución al estudio de las desigualdades en la España de los '60: ingresos y alimentación”, documento de trabajo 2009_1 de la Unitat d'Història Econòmica de la Universitat Autònoma de Barcelona.
- MIELE, M. (2006): “Consumption culture: the case of food”, en P. Cloke, T. Marsden y P. H. Mooney (eds.), pp. 344-354.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN (2007): *La alimentación en España 2006*. Madrid.
- MOLINERO, F., MAJORAL, R., GARCÍA BARTOLOMÉ, J. M. y GARCÍA, G. (coords.) (2004): *Atlas de la España rural*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- MONTANARI, M. (1993): *El hambre y la abundancia: historia y cultura de la alimentación en Europa*. Barcelona, Crítica.
- MUÑOZ PRADAS, F. (2009): “Población y consumo. Una reconstrucción de las poblaciones consumidoras de leche en España, 1925-1981”, documento de trabajo 2009_6 de la Unitat d'Història Econòmica de la Universitat Autònoma de Barcelona.
- NELSON, M. (1993): “Social-class trends in British diet, 1860-1980”, en C. Geissler y D. J. Oddy (eds.), pp. 101-120.
- NICOLAU, R. y PUJOL, J. (2006): “Variaciones regionales de los precios de consumo y de las dietas en España, en los inicios de la transición demográfica”, *Revista de Historia Económica*, 24 (3), pp. 521-554.
- , PUJOL, J. y HERNÁNDEZ, I. (2010): “Milk, social acceptance of a new food in Europe: Catalonia, 19th-20th centuries”, *Dynamis*, 30, pp. 119-140.
- OCDE (2008): *Growing unequal? Income distribution and poverty in OECD countries*. París.
- PLAJA, B. (1965): “Estudio sobre la industrialización de la leche en España”, *Revista Española de Lechería*, 56, pp. 62-72.
- PUJOL, J., NICOLAU, R. y HERNÁNDEZ ADELL, I. (2007): “El consumo de leche fresca en Cataluña: entre mediados del siglo XIX y 1935: la difusión de un nuevo alimento”, *Historia Agraria*, 42, pp. 303-325.
- RÀFOLS, J. (1997): “El abastecimiento de leche a Barcelona: de las vaquerías urbanas a las grandes superficies comerciales”, presentado en el coloquio *El desarrollo urbano de Montréal y Barcelona en la época contemporánea: estudio comparativo* (Barcelona).
- RAMA, R. (1997): “Evolución y características de la alimentación fuera del hogar y del consumo de alimentos procesados en España”, *Agricultura y Sociedad*, 84, 107-140.
- REL (*Revista Española de Lechería*) (1956): “Información”, *Revista Española de Lechería*, 21.
- (1960): “Información”, *Revista Española de Lechería*, 38.
 - (1961): “Información”, *Revista Española de Lechería*, 42.
 - (1962): “Información”, *Revista Española de Lechería*, 43.
 - (1964): “Información”, *Revista Española de Lechería*, 52.
- RUISOTO, J. M. (2007): *Sancibrián 1950: recopilación de familias, costumbres y forma de vida de Sancibrián a mitad del siglo XX*. Santa Cruz de Bezana, Ayuntamiento de Santa Cruz de Bezana.
- SIMPSON, J. (1997): *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*. Madrid, Alianza.
- TEUTEBERG, H. J. y FLANDRIN, J.-L. (2004): “Transformaciones del consumo alimentario”, en J.-L. Flandrin y M. Montanari (dirs.), pp. 891-914.

VARELA, G. (DIR.), MOREIRAS, O., CARBAJAL, Á. y CAMPO, M. (1995): *Encuesta de Presupuestos Familiares 1990-91. Estudio Nacional de Nutrición y Alimentación, 1991*. Madrid, Instituto Nacional de Estadística.

VERNON, K. (2000): "Milk and dairy products", en K. F. Kipple y K. C. Ornelas (eds.), pp. 692-702.

APÉNDICE

Cuadro A1. Niveles de ingreso (miles de pesetas) y tamaño del hogar, 1964/5

Tramo	Intervalo de ingreso total del hogar	Porcentaje de hogares	Estatus socioeconómico asignado	Ingreso estimado	
				Por persona	Por unidad de consumo
1	<21,6			10,4	14,6
2	21,6-24			9,5	14,7
3	24-30	22	Bajo	8,3	15,0
4	30-36			10,1	18,3
5	36-42			10,6	20,3
6	42-48			12,0	23,2
7	48-54	29	Medio-bajo	13,3	26,0
8	54-60			14,0	28,2
9	60-72			15,4	31,8
10	72-96	27	Medio-alto	18,9	39,9
11	96-120			23,1	49,9
12	120-144			27,2	59,9
13	144-180			32,3	72,4
14	180-240	22	Alto	39,3	90,9
15	240-500			61,6	151,0
16	> 500			93,0	242,0

Fuente: INE (1965-69). Elaboración propia. Se ha aplicado la escala de equivalencia de la raíz cuadrada; para más detalles, OCDE (2008).

Cuadro A2. Consumo de productos lácteos por persona y año en las Comunidades Autónomas

	<i>Total (kg.)^a</i>				<i>Leche líquida (litros)</i>				<i>Derivados lácteos (kg.)</i>			
	<i>1964/5^b</i>	<i>1980/1</i>	<i>1990/1</i>	<i>2006</i>	<i>1964/5</i>	<i>1980/1</i>	<i>1990/1</i>	<i>2006^c</i>	<i>1964/5^d</i>	<i>1980/1</i>	<i>1990/1</i>	<i>2006</i>
Andalucía	55,8	138,6	135,9	106,8	53,2	119,5	114,0	70,8	1,1	11,8	16,8	33,2
Aragón	65,4	130,0	131,7	113,4	62,7	115,6	114,8	81,8	0,8	8,1	11,9	28,6
Asturias	180,9	199,6	187,0	135,6	173,3	184,7	163,6	97,9	2,4	8,9	17,7	33,9
Baleares	75,6	109,0	102,6	100,5	71,0	94,6	82,1	64,1	2,5	10,0	16,7	34,0
Canarias	97,0	86,2	105,9	125,5	90,1	46,4	69,7	82,7	4,2	14,4	22,8	38,7
Cantabria	209,3	223,8	182,1	143,6	201,4	203,1	164,3	104,4	1,9	12,5	11,1	35,6
Castilla-La Mancha	54,4	132,2	141,6	110,9	52,0	116,9	123,9	82,8	0,9	7,6	12,1	25,0
Castilla y León	89,2	174,6	167,0	139,7	85,7	160,5	150,1	106,9	0,9	8,1	11,6	29,0
Cataluña	71,6	119,9	119,7	110,1	67,9	103,8	99,5	74,8	1,6	10,3	15,9	32,7
Com. Valenciana	29,2	103,0	108,5	103,5	26,0	83,7	90,8	71,8	2,5	10,4	12,8	28,6
Extremadura	73,4	159,0	166,0	119,8	69,0	143,4	148,3	99,0	2,4	10,4	12,9	31,5
Galicia	109,3	169,0	170,7	122,9	105,2	153,7	149,0	88,9	0,9	10,0	16,8	27,9
Madrid	115,4	161,9	134,7	111,8	110,7	144,1	116,0	89,8	1,4	10,7	13,6	29,9
Murcia	36,0	127,2	131,7	138,3	32,4	104,1	109,4	78,4	2,6	14,0	16,3	30,2
Navarra	128,9	175,2	163,3	133,3	124,2	161,5	144,0	101,5	1,0	8,4	14,3	33,5
País Vasco	155,6	180,7	157,8	140,5	149,7	164,8	136,5	95,5	1,5	9,8	16,5	34,4
La Rioja	97,3	157,6	150,1	106,8	93,5	141,0	131,2	105,4	1,0	10,9	13,9	31,5
España (total)	82,6	143,0	136,5	116,2	78,7	125,1	117,6	82,5	1,5	10,5	13,6	32,8

Notas: ^a Incluye la leche líquida y aquellos derivados y leches en conserva para los que en cada fecha existan datos; ^b Sólo leche líquida y queso; ^c Sólo leche de vaca; ^d Sólo queso.

Fuentes: ver cuadro 3. Elaboración propia.